

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 267.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Atentado contra la vida del emperador; grabados. — Revista de Paris. — La isla inglesa de Hong-Kong; gra-

bado. — Incendio en Paris en el pasaje Jouffroy; grabado. — Arresto de Walker y su cuadrilla; grabado. — La ambicion por amor. — El carricolo. — La diligencia napolitana; grabados. — Familias inglesas huyendo de los

cipayos sublevados en la India; grabado. — Redencion. — El archivo de Simancas. — Amalfi y sus cercanias; grabados. — El escribano de Perigoux. — El proceso de Jesucristo. — La gruta de la Balme; grabados.



Atentado contra Sus Majestades Imperiales cometido delante del peristilo de la Opera, en la noche del 14 de enero de 1858.

Atentado contra la vida del emperador.

Paris, la Francia y la Europa entera se encuentran todavía bajo la impresion del horrible atentado cometido en el peristilo de la Opera el 14 de enero. Vamos á dar aquí algunos pormenores recogidos de diferentes periódicos, con las noticias que nos han parecido mas exactas de todas las que han llegado á nuestro conocimiento.

A las ocho y veinticinco minutos del 14, el oficial de paz Hebert iba y venia por delante de la entrada de la Opera, aguardando la llegada del emperador y de la emperatriz. En el momento de dar la vuelta para volver atrás, se halló cara á cara con un individuo á quien, á la claridad del gas y á pesar de su disfraz, reconoció

por el llamado Pierri, refugiado italiano, expulsado de Francia en 1832, y que estaba señalado como un hombre resuelto, peligroso y dispuesto á hacer un papel importante en las conjuraciones. Pierri habia sido señalado últimamente como hemos dicho.

El oficial de paz Hebert, auxiliado por varios agentes de policia, se apoderó de Pierri y le condujo á un cuerpo de guardia vecino. Ese arresto no ocasionó ningun tumulto ni emocion, y ni siquiera fué notado por el gentío que aguardaba al emperador.

A su llegada al cuerpo de guardia, Pierri fué registrado, y le hallaron una navaja de muelle, un revolver de seis cañones, cargados y cebados, y una bomba de 10 á 12 centímetros de diámetro, y oblonga, en forma de pera. En su parte mas ancha y por consiguiente

mas pesada se hallaban seis oidos de escopeta con un^a cápsula cada uno. El choque de una de esas cápsulas^s contra un cuerpo duro determinaba necesariamente la explosion.

Despues de haber puesto á su preso en lugar seguro, el oficial de paz Hebert volvió á su puesto; pero apenas habia llegado á la calle Lepelletier cuando se oyó una primera explosion: era una bomba semejante á la cogida á Pierri que acababa de hacer explosion y que, lanzada hácia el coche del emperador en el momento de entrar en la calle Lepelletier, derribaba una veintena de víctimas. Esa bomba no habia alcanzado al emperador ni aun á su coche. El cocher, comprendiendo el peligro, lanzó sus caballos, pero casi al punto hizo explosion una segunda bomba, y esa vez uno de los caballos del co-



El coche de Sus Majestades Imperiales con las averias producidas por los proyectiles.

che del emperador fué alcanzado por tres proyectiles. Entonces el coche tuvo que pararse. Una tercera bomba lanzada con mas precision fué á caer y reventar bajo el mismo coche: los cascos de esa bomba derribaron el segundo caballo.

En el coche se hallaban el emperador, la emperatriz y el general Roguet. Este fué alcanzado por un proyectil debajo de la oreja izquierda, y su herida produjo una ligera efusion de sangre, luego una inflamacion, pero no presenta gravedad. Otro proyectil rasgó la copa del sombrero del emperador. Su Majestad y la emperatriz se salvaron milagrosamente del infame atentado concebido, meditado y ejecutado con infernal audacia. Ninguno de los dos fué herido, porque no se puede llamar herida una ligera contusion del emperador, que ha sido hecha por un pedazo de cristal del coche que le dió en la nariz. Otro cacho de vidrio dió á la emperatriz en el ángulo del ojo izquierdo, pero no dejó rastro sensible.

El oficial de paz Hebert, en el momento de abrir la portezuela del coche del emperador, tuvo una pantorrilla desgarrada y atravesada por un casco de bomba; recibió en el hombro derecho otro casco cuya extraccion no se ha podido operar aun; un tercer proyectil le contusionó la cara, y recibió otros diez en diversas partes del cuerpo.

El emperador y la emperatriz salieron de su coche con dificultad, pues el estribo estaba falseado y el vehiculo destruido en parte (habia recibido 16 cascos de bomba, véase nuestro dibujo), y subieron las gradas de la Opera con calma. La emperatriz habia ayudado al general Roguet, edecan del emperador, herido, á ponerse el paletó antes de apearse del carruaje.

El primer cuidado fué trasportar los heridos á las farmacias vecinas y los hospitales. Eran numerosos y algunos de gravedad. Se hablada de 50 personas heridas y dos ó tres caballos muertos; por desgracia, el número es mucho mas considerable, pues han recibido heridas 12 lanceros de la escolta, 11 guardias de Paris, tres lacayos del emperador, el cocher, un comisario de policia, cuatro oficiales de paz, 14 inspectores de policia, tres brigadieres, 13 sargentos de villa y mas de otras 100 personas. De caballos, habian sido heridos 20; la larga fachada de la Opera tenia todos sus vidrios rotos; las delanteras de las tiendas en casi toda la longitud de la calle fueron tambien deterioradas, y los proyectiles

habian roto todos los vidrios hasta el 4º piso de las casas de esas tiendas.

Los dias que asiste el emperador á la Opera, la fachada del teatro está brillantemente iluminada; en el momento de la explosion se apagó completamente el gas.

La *Patrie* ha dado sobre el hecho estos detalles:

En el primer coche iba, como se sabe, el chambelan que estaba de servicio, y por razon de obstáculos ú otras causas que todavía no son conocidas, el cocher que habia reprimido el trote de los caballos les dió súbitamente de latigazos y pudo llegar sin obstáculo debajo de los arcos. Un segundo despues el coche imperial iba á pasar por el mismo punto y nada hubieran tenido que temer las augustas personas que iban en él: pero en el mismo instante se oyó la primera detonacion y cayeron los dos caballos, uno muerto en el acto, y el otro gravemente herido. La lanza chocó contra la pared á la izquierda de la puerta, y el coche quedó parado. Los lacayos recibieron varias contusiones y uno de ellos se dislocó un pié al caer.

Entre tanto los caballos de la escolta, asustados por las explosiones se habian alborotado, y al oficial que mandaba la fuerza le llevó su caballo hasta la calle de Rossini, habiéndole seguido su gente que no podia dominar á los caballos; esto salvó quizás á SS. MM., pues esta carga involuntaria despejó la plaza y la calle alejando los grupos. El piquete pudo efectuar en breve media conversion á la izquierda y volvió á formarse en la plaza custodiando el coche imperial.

Sin embargo M. de Laf, chambelan, que estaba de servicio, habia abierto la portezuela del coche al oír las explosiones precipitándose hácia el lugar en que se encontraban SS. MM. El emperador sintió mucho que al salir tuviese que anticiparse á la emperatriz que estaba sentada á la derecha. M. de Laf al ver el rostro de S. M. cubierto de sangre, y los restos de los proyectiles que habian tocado su sombrero, abrió sus brazos para recibir á S. M.; el emperador que habia conservado su sangre fria, dijo entonces: «Pues bien, querido, si bajais el estribo me apeare.» La emperatriz muy commovida se apeó á su vez. El general Roguet, aunque herido de gravedad, no dejó oír una exclamacion ni palabra alguna; la sangre que le manaba, hizo que los demás se apercebieran de sus heridas.

A la sazón en que rodeaban el coche del emperador el sargento de policia Alessandri y M. Hebert, oficial de paz, que habia ayudado á SS. MM. á bajar del coche, un gran número de empleados, militares y agentes de policia casi todos heridos como los dos primeros, corrieron gritando: «¡Viva el emperador!» y dejando oír exclamaciones como las que excita en toda persona indignada un atentado destestable. En las gradas del peristilo habia varios militares muertos ó gravemente heridos; era un cuadro que no puede pintarse.

El emperador y la emperatriz rodeados, ó mejor llevados por las personas de su comitiva y gente de su casa, subieron por la grande escalera, donde fueron recibidos por el director de la Opera. El entrar en su palco SS. MM. echaron de ver que sus trajes estaban descompuestos, y mandaron lavar las manchas de sangre de que estaban salpicados; al propio tiempo que se informaban con interés del número y estado de los heridos á consecuencia de las explosiones.

— ¿Porqué, exclamó el emperador al darle cuenta de las primeras noticias, porqué ha de haber tantas víctimas?

Entonces la emperatriz que habia estado poseida de una emocion que se deja comprender, recobró toda su energía y con una resolucion verdaderamente heroica, exclamó:

— Venid, venid; mostremos á esos cobardes que no nos falta valor.

Y S. M. dió algunos pasos para atraer al emperador y bajar donde estaban los heridos. Pero se logró disuadir á SS. MM.

La funcion comenzó en seguida en medio de las mas vivas aclamaciones, y el emperador no salió del teatro hasta las doce.

La policia no tardó en echar mano á los agentes del complot, que han sido todos presos en la misma noche. Segun los datos conocidos, se hallarian en poder de la justicia 27 ó 28 individuos, siendo los principales:

1º Orsini, que habia tomado el nombre inglés de Al-sopp; 2º Pierri, capitán en tiempo de la república de Roma; 3º Goumes, que habia dicho llamarse Swiney; 4º Andrés Da Silva, llamado Rudio, que ha sido preso en el cuarto de Pierri.

Hé aquí cómo se cuenta el arresto de Orsini: Poco despues de la catástrofe arrestaron en un café á

un hombre cuyo lenguaje incoherente había llamado la atención, y que decía andaba buscando á su amo, que había debido ser herido: era Goumes ó Gomez. Conducido á su domicilio en una fonda de la calle Monthabor, hallaron allí á un hombre acostado, con la cabeza herida y vendada. Había tomado un nombre inglés, pero su acento italiano no le permitió sostener largo tiempo ese embuste. Habiéndole registrado, se le halló un cinto alrededor de los riñones con una suma de 8,000 francos en oro y banknotes. Además, había tenido la precaución de comprar un caballo para prepararse un medio de fuga de que sin duda no le han permitido sus heridas aprovecharse.

Orsini es un abogado nacido en los Estados Romanos; había sido detenido en las cárceles austriacas por delitos políticos, y su evasión de la fortaleza de Mántua fué tan audaz, que metió mucho ruido en la prensa de todos los países. Se había refugiado en Londres, y para crearse recursos había ideado el hacer lecturas acompañadas de discursos revolucionarios, cuyo medio dicen le ha valido en un año unos cien mil francos.

Orsini, Pierri y los otros habían salido de Londres separadamente, todos estaban provistos de puñales, revolvers, etc.

Los peritos nombrados para este fin han hecho esta descripción de los proyectiles empleados por los asesinos:

Estos proyectiles, designados con el nombre de bombas, de granadas incendiarias, son de una naturaleza enteramente nueva. Son huecos, de acero torneado, y llenos de una pólvora fulminante cuya naturaleza se desconoce aun, pero que todo hace creer formada de fulminato de mercurio. Para formarse una idea de esos proyectiles, figúrese un cilindro como de 10 centímetros de largo sobre 6 de diámetro, y terminando en cada extremo por un casco esférico.

Uno de esos cascos está armado de 25 oídos de escopeta ordinarios dispuestos como un erizo, ajustados á tornillo, y provistos cada uno de una cápsula acanalada como las que usan los cazadores. El choque de esas cápsulas contra la piedra debía transmitir la inflamación al interior de la bomba. El cilindro ha sido cubierto de una ligera capa imitando el bronce, no sabemos con qué objeto.

Examinando el casco del cilindro opuesto á los oídos, se conoce que la cubierta está formada de dos partes, y que á unos dos ó tres centímetros de su extremo se debe poder quitar una parte del cilindro que se adapta á la primera. Sin duda los inventores de ese terrible aparato han querido evitar, para llenarlo, el ajustar por medio de roscas esas dos partes y las horribles explosiones que eso podría ocasionar. Así, según toda probabilidad, la parte del cilindro llenada de pólvora fulminante, está cerrada por medio de una cubierta puesta simplemente sobre una muesca. En seguida viene el casco superior á ajustarse sobre esa cubierta y recubrirla, mientras que un fuerte tornillo de acero cuya cabeza de dos centímetros de anchura se muestra en el exterior, aprieta esa cubierta y la cierra herméticamente.

El examen de algunos fragmentos nos ha permitido ver que en la parte en que están colocados los oídos, el cilindro tiene un espesor de 2 cent. y 1/2. Es probable que la parte superior es infinitamente mas delgada. Por otra parte eso es necesario para que en el momento de ser lanzados esos proyectiles, que conducidos por la excesiva pesadez de la parte armada de cápsulas, se dirigen casi verticalmente, den con esa misma parte contra el suelo y determinen la explosión de la carga interior.

Los espantosos efectos producidos por esas bombas excluyen la idea de que su contenido esté lleno de la pólvora ordinaria; la materia explosible es casi seguramente fulminato de mercurio, sustancia terrible cuya fuerza de proyección es cuando menos cincuenta veces mas considerable que la de la pólvora ordinaria. Esa sustancia es la que sirve para cargar las cápsulas ordinarias, y habremos dicho mucho de ella si añadimos que basta 1 kilógr. para cargar 40,000 cápsulas de infantería. Se ha hablado de balas dispuestas en el interior; es una suposición poco probable, y que hasta ahora nada prueba. Los numerosos accidentes que se han dado á conocer son debidos únicamente á los cascos de la bomba despedazada por la explosión.

Los espíritus menos prevenidos no pueden menos de notar la analogía que existe entre esa bomba y la empleada hace tres ó cuatro años en Perinchies, cerca de Lille. Aquella era un cilindro de acero torneado igualmente, de 30 centímetros sobre unos 12, lleno de fulminato de mercurio, y que un aparato eléctrico dispuestos á una distancia de 50 metros debía inflamar. En los dos casos es la misma precisión, y no se puede desconocer que es una ciencia tan profunda como criminal á la que se debe la construcción de esos aparatos.

Dos ejemplos que elegiremos entre otros muchos en la historia de la química, nos permitirán hacer comprender la espantosa fuerza del fulminato de mercurio. Berzelius refiere que un hombre habiendo abierto y querido cerrar una cajita de esa sustancia fué destrozado, y que los huesos de la mano que tenía esa cajita fueron hallados por tierra, despedazados, despues de haber atravesado una gruesa mesa de encina. Hallen, sabio alemán, fué muerto hace algunos años en su laboratorio por la explosión de 250 gramos de esa materia, y cuando entraron en su cuarto despues de la explosión, no se halló mas que pedazos de carne aplastados contra las paredes y manchas de sangre.

Revista de Paris.

El abogado de Alejandro Dumas, M. Duverdy, fué rebatiendo punto por punto la exposición de los hechos presentada por su adversario, y que ya conocen nuestros lectores. Principió diciendo que deploraba que de una cuestión de interpretación de un contrato privado, se hubiese pasado al asunto mucho mas trascendental de la colaboración, y sin entrar en la via de las recriminaciones, terminó su exordio preguntándose: ¿cómo ha sucedido que M. Maquet cuyas pretensiones rayan tan alto, no haya dado con su nombre una sola novela que haya merecido y obtenido el triunfo de cada una de las obras de Dumas que son todas producto exclusivo de su ingenio?

Entrando á explicar el carácter de la colaboración entre ambos autores, dice que en 1840 Maquet entregó á Dumas una novellita de unas 70 páginas sobre la conspiración de Cellamare que no había querido comprar el director de la Revista de ambos mundos, con la cual hizo Dumas los cuatro volúmenes del Caballero de Harmental. Su parte de colaboración le valió á Maquet 1,200 francos. Otra obra en un tomo, Silvandira, presentada por Maquet, fué arreglada por Dumas y se publicó en tres volúmenes.

No obstante, dice el abogado, no podía convenir á Dumas el hacer de nuevo una obra escrita ya, porque era un trabajo enorme.

— Si queréis que trabajemos juntos, dijo á Maquet, seguiremos esta marcha: yo os comunicaré una idea de novela y os indicaré el plan; escribiréis la obra provisionalmente y á mi cargo correrá su ejecución definitiva.

Y en efecto así sucedió, según el abogado. Mientras duró la colaboración, la idea fué suministrada siempre por Dumas y el plan siempre fué escrito por su propia mano. Hacia la lista completa de los capítulos, y bajo los títulos Maquet trazaba una especie de bosquejo. Solo en las dos obras citadas Maquet suministró la idea primitiva.

Dumas revisaba y escribía todo de su mano; su letra es conocida en todas las imprentas de Paris, y sería fácil atestiguar que jamás una cuartilla de sus novelas llevó otra letra que la suya.

En cuanto á la historia del folletín perdido, Maquet debía en efecto hacerle de nuevo, pero se trataba de esa ejecución provisional que Dumas transformó despues, como de costumbre, en un trabajo definitivo.

Con el fin de establecer el carácter de la colaboración de M. Maquet y la importancia de esta colaboración, se leyó una correspondencia, de la cual parecía resultar que Maquet tenía en el trabajo una parte tan principal como Alejandro Dumas.

El abogado de este piensa que algunas de esas cartas baten en brecha el sistema sostenido; pues á su juicio demuestran con toda claridad que la invención procedía de Dumas, que solo él dirigía el trabajo, y que durante nueve años esta dirección no cesó ni un día ni una hora.

Las citas en apoyo de esta opinión son las siguientes:

A propósito de los Mosqueteros Dumas escribe:

«Me parece, querido amigo, que para ganar tiempo nuestros hombres deberían llegar cuando matan á Bonacieux en el Hotel de villa, etc.»

» Si os halláis apurado, venid á las cuatro á mi casa ó llegaos hasta San German; yo salgo por el convoy de las ocho y media.»

Acerca de Bragelone, le habla de la entrevista preparada en casa de Scarron entre Athos y Aramis, y añade:

«Preparadme esta escena con mucha originalidad. Os envío el hotel Rambouillet y el pequeño Scarron á quien Mazarino quitó su pensión el mismo día... También os mando la presentación del vizconde de Bragelone á madama de Chevreuse: me direis si os gusta.»

Y luego añade:

«Precioso, amigo mio, estoy muy contento.»

» Os mando unas supuestas Memorias de Mlle de la Valiere.

» Se puede hacer algo muy bonito con la entrada del hijo de Athos llevando en sus brazos á Mlle de la Valiere que se ha torcido un pié. Siento que Athos no se llame el conde de Bragelone. Mlle de la Valiere no tenía más que cinco años, pero la daremos seis ó siete.

» Esta entrada será un principio magnífico.

» Por esta torcedura del pié siguió cojeando Mlle de la Valiere. Preguntad á vuestro médico qué nervio puede hacer cojear.»

Estas cartas fueron comunicadas por el abogado de Maquet al de Dumas; ahora bien, este último pretende que si le hubiesen entregado todas las que el adversario posee, quedaría bien demostrada la inmensa parte que Dumas conservó constantemente, esto es, la dirección del trabajo.

En cuanto á las condiciones pecuniarias de esta colaboración, resulta que Maquet cada vez que entregaba original era pagado con la mayor exactitud. En un principio recibía 500 francos por tomo de la obra concluida por Dumas; esta cantidad se elevó á 1,000 despues y luego á 1,500. De varias cartas se desprende que estos pagos tenían lugar como era debido: he aquí algunas de ellas:

«Mi querido amigo: enviadme 40 páginas mas sobre Chicot y un capítulo de Casa Roja. Pasado mañana, si gustais, almorzaremos juntos, os entregaré 500 francos y trabajaremos un poco en Monte Cristo.»

Otro billete sobre la materia:

«Muy bien, querido amigo. Mañana contad con 500 francos y con otros 500 al fin del mes, pero trabajemos firme.»

M. Maquet no niega haber recibido estas cantidades, pero dice que solo eran á cuenta de los pagos definitivos. Dice además que no tuvo intención de soldar; pero añade el abogado: «yo poseo de él muchos recibos; aquí tengo una cuenta del *Sicle* que asciende en su favor á 14,500 fr. por el Vizconde de Bragelone que tenía catorce volúmenes y medio; las demás obras le fueron pagadas de la misma manera y bajo las mismas bases. De este modo recibió mas de 49,000 fr.

Ahora bien, ¿le conservaban estos pagos una especie de derecho posterior sobre las obras, que le permitiese reclamar la facultad de poner en ellas su nombre? Yo alego que en ninguna convención se ha podido admitir jamás una pretensión semejante, y no me faltan los hechos en apoyo de esta alegación.»

En el año 1845 se elevó una diferencia entre M. Baudry, editor de las obras de Dumas, y M. Recoul, editor de las obras de Maquet, diferencia que resolvió el tribunal de Comercio del Sena. M. Baudry se quejaba de que M. Recoul había puesto en una novela firmada por Maquet un aviso diciendo que este último era el autor de los Mosqueteros, del Vizconde de Bragelone, etc., y pedía se suprimiera esta mención en las obras publicadas. El tribunal falló del modo siguiente:

«Resultando de las explicaciones de las partes que Baudry ha adquirido el derecho de publicar cierto número de ejemplares de la obra los Tres Mosqueteros, cuyo autor es Dumas;

» Que Recoul en varios prospectos ha anunciado la venta de entrambas obras por el Sr. A. Maquet, autor del Caballero de Harmental y de los Tres Mosqueteros;

» Que Recoul no justifica el hecho consumado;

» Que por consiguiente ha cometido una mala acción que debe ser perjudicial á Baudry y á Dumas...

» Por estos motivos prohibe á Recoul bajo la multa de 500 francos por cada contravención el insertar y publicar que el Sr. A. Maquet es autor de los Tres Mosqueteros y del Caballero de Harmental;

» Y ordena la inserción de este fallo en dos periódicos, etc.»

Maquet nada reclamó despues, porque «sabía sinceramente, dice el abogado, que no tenía ningún derecho para ello.»

Aquí entra ahora la cuestión de los convenios de 1848 cuya ejecución se pide. El abogado examina la carta escrita por Dumas á la Sociedad literaria de Paris, en la cual defiende el principio de la colaboración, y luego la respuesta de Maquet de 4 de marzo de 1845, en la que este abandona sus derechos no para tranquilizar á Dumas tocante á los temores que podían hacerle concebir los ataques posibles de los herederos de Maquet, sino espontáneamente y como en muestra de agradecimiento por todo lo que Dumas había hecho en su favor. — Ambos documentos son conocidos ya de nuestros lectores.

Sin embargo, se dice que en 1848 Maquet vende y cede sus derechos de co-propiedad, lo que significa que los poseía entonces. Entre la carta del 4 de marzo de 1845 y el convenio de 10 de febrero de 1848 en cuya virtud Maquet vendía y cedía sus derechos, existe una contradicción aparente; ¿cuál de estos dos escritos es el bueno?

El abogado pretende que el convenio de 1848 tiene una causa falsa; que no es exacto que en ese tiempo Maquet haya vendido á Dumas un derecho de co-propiedad que Dumas no le reconoció jamás, y para esto da las siguientes explicaciones sobre las relaciones de Dumas y de Maquet con el Teatro Histórico:

«El 16 de enero de 1847, dice, se firmó un convenio de sociedad entre Dumas y M. Hostein. Según este tratado, ambos quedaban de directores, M. Hostein para la parte teatral, y M. A. Dumas para la parte intelectual de la empresa. Hé aquí los derechos del último: 1º, los derechos de autor ordinarios, ó sea el 10 por 100 sobre la entrada; 2º, 100 francos de prima por todas las representaciones de sus piezas pasada la sesenta; 3º, 100 francos de billetes por día, sobre los cuales el acto estipulaba que Maquet cobraría 40 francos.»

El 8 de enero de 1848 se disuelve la sociedad de Dumas y de Hostein, y se estipulan nuevas condiciones. Dumas cesa de ser co-director del Teatro Histórico; pero se compromete, como autor dramático, á escribir para ese teatro cuatro piezas por año que le producirán: 1º, sus derechos de 10 por 100; 2º, una prima de 30,000 francos anuales; 3º, 100 francos de billetes cada noche. En este documento ya no se trata de Maquet ni de sus 40 francos de billetes.

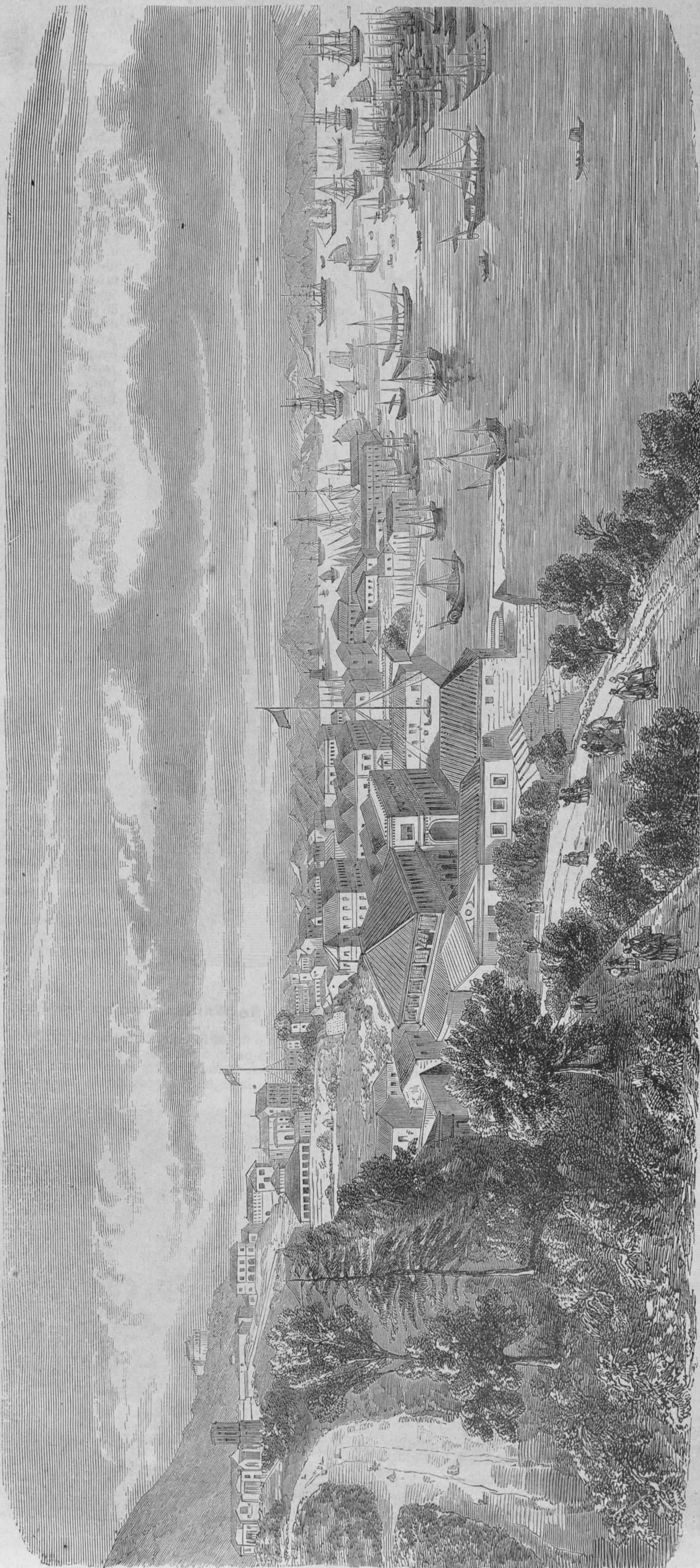
Sin embargo, hay que fijar los derechos de Maquet colaborador cuando menos de tres de las cuatro piezas que debe hacer Dumas. En virtud del primer contrato tenía: 1º, la mitad de los derechos ordinarios de autor, y 2º, los 40 fr. de billetes; pero nada sobre la prima eventual acordada á Dumas en las representaciones de sesenta para arriba. En virtud del segundo conserva las dos primeras cláusulas con mas la quinta parte de la prima de 30,000 francos acordada á Dumas.

Para el arreglo de estos derechos se firmó la escritura del 10 de febrero de 1848. En efecto, solo Dumas trató con el director del Teatro Histórico M. Hostein bajo las condiciones susodichas. Ahora bien, podía suceder que los acreedores de Dumas formasen oposición en manos de M. Hostein contra la totalidad de esas sumas. Si Maquet no podía oponerles mas que un tratado de Dumas fundado en su colaboración futura, es evidente que Maquet podía hallarse perjudicado por los acreedores portadores de títulos líquidos y exigibles. Se conviene pues en dar á Maquet un título que pudiera oponerse al de los acreedores, para que sus derechos personales quedasen siempre á salvo.

Entonces en lugar de decir en el convenio que la delegación hecha por Dumas á Maquet tenía por causa la obligación contraída por este último de trabajar durante once años en el Teatro Histórico con Dumas, se imaginó decir que su causa era la venta de una co-propiedad segura, bien definida, la de Maquet en las novelas. ¿Qué peligro, decían, puede haber en esto para Dumas? ¿No posee la carta de Maquet de fecha 4 de marzo de 1845?

Alejandro Dumas consiente en lo que le piden, y consultado el notario del teatro responde que no puede redactar el convenio en esos términos. Entonces se hace una escritura privada por el primer dependiente del notario, y hé ahí el documento de que se prevale Maquet. Es evidente en efecto por los términos de la escritura que no emana ni de Dumas ni de Maquet, sino que ha sido redactada por un hombre entendido en la materia.

La escritura de 1848 fijaba los derechos futuros y no la co-



Vista de la rada de Hong-Kong.

laboracion pasada. Hé aquí una carta de Alejandro Dumas escrita el 2 de abril de 1850, dos años despues del tratado, que manifiesta cómo Dumas comprendia los pagos :

« Mi querido amigo : esta carta es para nosotros y trata de nuestros intereses, asunto en que jamás debe entrar nadie. »

» ¿ Podriamos hacer este arreglo ?

» ¿ Decidme qué cantidad deseais por nuestra colaboracion ?

— Supongamos 36,000 francos.

» Ya teneis asegurados 6,000 francos de primas, 7,000 de billetes, total 13,000 francos. Podriamos arreglarnos de modo que los teatros y los libros os completaran la suma mencionada. »

Tratábase pues del porvenir, y Dumas hizo entrar en su cálculo la suma delegada de 13,000 francos. Así comprendian las partes el convenio. »

El abogado despues de exponer los hechos de este modo, añade que jamás Maquet ha tratado con los libreros, lo que habria hecho si hubiera tenido un derecho de co-propiedad en las obras, y que esto ha durado diez y siete años; — y concluye diciendo que del exámen de todo lo referido resultará para los jueces la conviccion de que Dumas no ha faltado á ninguno de sus compromisos, en cuya consecuencia se promete rechazarán una demanda que no tiene otro objeto que el de engrandecer la situacion literaria del que la ha formado.

En otra audiencia se oyó á M. Paillard de Villeneuve, abogado de M. Lefrançois, representante judicial de los acreedores de Dumas, que pretende debe sufrir Maquet, en el caso de ganar su pleito, la ley comun de todos los acreedores; y á la hora en que escribimos el tribunal no ha dado su fallo todavía.

MARIANO URRABIETA.

La isla inglesa en Hong-Kong.

Si la ciencia y la industria pueden glorificarse á justo título de un número prodigioso de descubrimientos y de progresos recientes, la geografía ha hecho tambien en los últimos años muchas conquistas de la mas alta importancia en las relaciones del género humano.

Sobre este punto habria que contar cosas muy curiosas tocante á Suez, Aden, Singapore, Panamá, San Francisco, Greytown, Halifax y otros varios lugares hoy famosos y cuyos nombres casi se ignoraban hace veinte años; pero aquí nos vamos á limitar á la isla de Hong-Kong que nadie conocia, y que ha llegado á ser el centro de la accion europea en el extremo del Asia.

La ilegalidad clandestina con que se hacia el comercio del opio en toda la costa Este de Canton, indujo á los capitanes ingleses á buscar lejos de las ciudades marítimas fondeaderos desiertos donde pudiesen esperar seguramente á los contrabandistas chinos que de noche acudian á cambiar sus barras de *Sai-si* por el veneno que tanto agrada á los habitantes del imperio.

En el laberinto de las islas que forman un vasto archipiélago á la entrada del río de Canton, un puerto magnífico reunia todas las condiciones apetecibles para el contrabando del opio; hallábase formado de un lado por una península que se destacaba de la tierra firme, y del otro por una isla pedregosa y salvaje de unas 45 leguas de circunferencia que llamaron *Hong-Kong* del nombre del torrente principal que baja de sus cumbres escarpadas.

Los traficantes de opio tomaron aficion á este fondeadero reuniéndose en él á veces en crecido número, pues ni los buques de guerra ni los de la Compañía de las Indias conocian aquello; pero en 1839 con motivo del asesinato de un chino consumado por unos marineros ingleses que estaban ebrios, el capitan Carlos Elliot tuvo que ir sobre los lugares á examinar las circunstancias del crimen, y luego llamó la atencion de su gobierno sobre el valor excepcional de Hong-Kong bajo el punto de vista marítimo.

Este marino diplomático enviado á la China por su primo lord Minto para que hiciese su carrera, se entusiasmó por Hong-Kong, y desde sus primeros altercados con el comisario imperial Lin, proclamó altamente que la Inglaterra debia apoderarse de ese punto, vaticinando que esa colonia llegaria á ser el emporio del comercio del mundo en Asia.

Así en cuanto hubieron alcanzado los primeros triunfos las armas inglesas sobre los chinos, el capitan Elliot pidió al comisario imperial Ki-chen la cesion absoluta de la isla de Hong-Kong. Ki-chen accedió sin ninguna dificultad, con mucho descontento por parte del emperador que al pronto no quiso ratificar la donacion; pero los descalabros posteriores impusieron silencio á estas repugnancias, y por el tratado de Nankin se agregó definitivamente á la corona de Inglaterra el puerto con la isla, de que habia ya tomado posesion.

Cuando se enarbó por primera vez la bandera inglesa en Hong-Kong (23 enero de 1851), solo habia en la isla algunas pobres chozas habitadas por pescadores ó contrabandistas. La agricultura ocupaba allí pocos brazos en atencion á que el pais estaba erizado de altas montañas áridas é inaccesibles. Por el lado del puerto el terreno ni siquiera parecia susceptible de recibir habitaciones, pues su cuesta era muy escarpada desde la orilla del mar hasta la falda de las rocas que se elevan de un modo extraordinario.

Pero el espíritu emprendedor de los ingleses no se dejó espantar por esas dificultades mas aparentes que reales. Se hicieron sucesivamente ventas de terreno en subasta pública por órden del gobierno mediante un simple censo anual; los comerciantes acudieron allí con avidez, principiaron á elevarse construcciones en muchos puntos, se abrieron caminos paralelos al mar para

facilitar las comunicaciones, y en pocos años una ciudad importante que bautizaron con el nombre de Vitoria, se levantó como una hermosa rival de Canton y de Macao en punto á los intereses comerciales, mientras se ostentaba como dominadora de todo el extremo Oriente bajo el punto de vista político.

Pero allí como en todas partes hubo ocasion de aplicar el siempre verídico *Sic vos non vobis!* El capitán Elliot que habia inventado Hong-Kong, que quizá habia pensado llegar á ser su lord tutelar, ni siquiera tuvo el gusto de plantar allí su baston; á Enrique Pottinger le tocó la gloria de ser su primer gobernador, y su sucesion fué recogida primeramente por sir John Davis, luego por sir Gorge Bonham, y en fin por el pleipotenciario actual sir John Bowring que ha dado márgen á los sucesos decisivos á que Hong-Kong deberá probablemente su completo abandono en provecho de otras conquistas mucho mas importantes para la Gran Bretaña.

No se puede negar en efecto, que á pesar de su excelente fondeadero, Hong-Kong no se halle en una situacion desfavorable para el comercio anglo-chino, por su distancia de los grandes centros de industria y de la corriente natural que siguen los productos y las mercancías, tanto exportadas como importadas.

Los mismos ingleses no tardaron en echar de ver esta gran desventaja; y así apenas á la vuelta de quince años han provocado nuevas quejas contra los chinos para apoderarse de la ciudad de Canton, de que deben estar posesionados á la hora presente.

¡Canton! Hé ahí una ciudad admirablemente situada

bajo cualquier punto de vista que se considere. Si despues de la contienda pendiente queda en poder de la Inglaterra, las famosas ciudades de Bombay, Madras y aun Calcuta, serán plazas de un órden secundario para el comercio británico; pero entonces Hong-Kong perderá todo su valor, y solo podrá servir cuando mas de ar-

Arresto de Walker y de su cuadrilla.

El gobierno de los Estados Unidos acaba en fin de rechazar de un modo ostensible á los ojos del mundo y de sus propios ciudadanos, las sospechas que hicieron pesar sobre él la segunda expedicion de Walker á Nica-

senal marítimo y de lugar de refugio para los buques arrojados allí por la tormenta.

J. M. C.

Incendio

OCURRIDO EN PARIS EN EL PASAJE JOUFFROY.

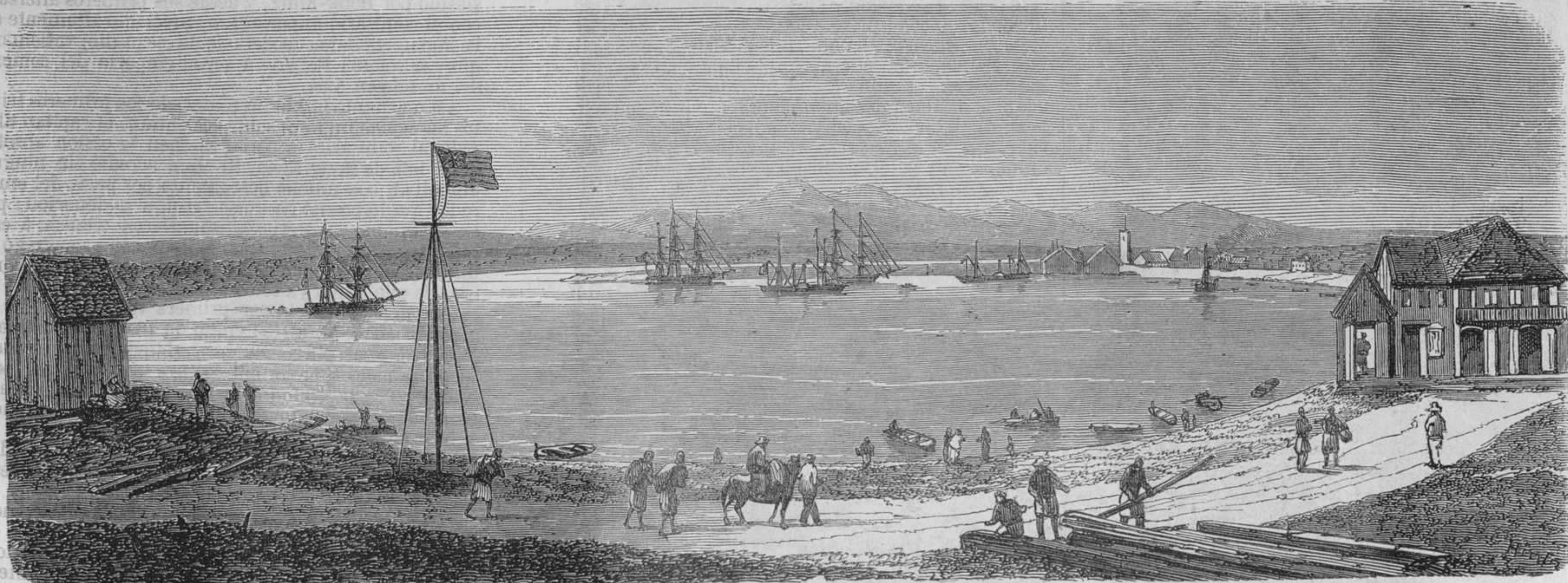
Un violento incendio se declaró el 16 por la noche en el pasaje Jouffroy en el establecimiento de fotografía central. Este establecimiento situado en el segundo piso á la derecha del pasaje entrando por el boulevard, ocupa casi todo el pasaje desde el núm. 40 hasta la fonda.

Los inquilinos de toda esa parte apenas tuvieron tiempo para huir de prisa. Un vecino del piso principal despertado por el ruido que hacian las vigas consumidas por el fuego, dió la voz de alarma, pero ya el incendio habia hecho tales progresos que cuando llegaron los socorros fué preciso limitarse á encerrar el fuego en su foco á fin de preservar las habitaciones próximas. En hora y media estuvo ya apagado.

Se ignoran aun las causas de este desastre; se presume que el fuego estaba cubierto hacia tiempo, pues se declaró con una intensidad extraordinaria. Casi todos los cristales del pasaje saltaron, y se interrumpió por él la circulacion hasta las diez de la mañana siguiente.



Incendio ocurrido en el pasaje Jouffroy en la noche del 15 de enero.



Vista de Grey-Town.

ragua y la actitud pasiva de la corbeta *Saratoga*, bajo cuyos cañones los filibusteros desembarcaron en Punta Arenas. Ha obrado pronta y enérgicamente para reparar la incuria ó la complicidad de algunos de sus empleados federales, y la empresa que había podido ser organizada y había podido recibir un principio de ejecución en el territorio de los Estados Unidos, abortó de lleno en el territorio á que se destinaba, y adonde la siguió y la alcanzó la justicia federal.

Al otro día de haber llegado, aparecieron delante de Grey-Town dos buques de guerra ingleses y otros dos americanos, uno de ellos mandado por el comodoro Paulding. Fiel á su antiguo sistema de mentira, el jefe de los filibusteros esparció entonces entre sus hombres el rumor de que los buques americanos no tenían otra misión que la de impedir la intervención de los ingleses, protegiendo así su propio campo.

No obstante, un oficial de los suyos que quiso atravesar la bahía en un bote, se halló con que se lo impedían las embarcaciones americanas que le ordenaron su regreso, y cuando quiso ir á pedir explicaciones al comodoro, la única que recibió fué quedar prisionero, en tanto que un cuerpo de desembarco bajaba á las chalupas armadas varias de ellas, y se acercaban los vapores.

Quinientos marinos americanos desembarcaron sin resistencia mientras los buques se disponían á romper el fuego. Pero estas precauciones eran inútiles. El campo fué cercado en algunos minutos, y Walker no opuso dificultad en rendirse con sus hombres. Recogieron su pabellón y así se acabó todo.

Los prisioneros fueron embarcados inmediatamente á bordo del *Saratoga* que los trasportó á Norfolk. Walker que tenía sus razones particulares para temer un viaje á bordo del *Saratoga*, obtuvo del comodoro Paulding el pasar aisladamente á Nueva York, comprometiéndose á constituirse prisionero á su llegada, en manos del mariscal de los Estados Unidos.

Efectivamente se entregó á la autoridad, y el mariscal no sabiendo cuáles eran las medidas que debía tomar con el prisionero que le cayó así de improviso en los brazos, se decidió á marchar con él á Washington.

La segunda expedición de Walker á Nicaragua se ha limitado pues á un paseo marítimo. Los cincuenta hombres mandados por el coronel Anderson permanecen solos en Castillo, donde no es de creer que se mantengan largo tiempo. La suerte de Walker no les deja ninguna esperanza.

El dibujo de Grey-Town que publicamos, representa en primer término el principal hotel de la ciudad (*Hotel San Nicolás*); en lontananza al Norte se descubre un volcán poco incandescente.

LA AMBICION POR AMOR

NOVELA

POR D. JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

(Continuacion. — Véase el número 265.)

VI.

LA PRUEBA DEL ORO.

Durante algunos meses, despues del acontecimiento que acabamos de mencionar, las relaciones amorosas entre Lorenzo y Angela se fueron estrechando, y ambos se amaban ya con delirio. Rosa no había dado á Luis la menor prueba de simpatía; antes por el contrario, se ocultaba siempre, al llegar la hora en que el mas que nunca enamorado joven acostumbraba pasar, lanzando inútilmente sus ávidas miradas al través de la reja.

El desairado mancebo se había acostumbrado ya á quedarse á cierta distancia de su camarada cuando llegaban cerca de la quinta, con el fin de no estorbarle en la amorosa, aunque breve, plática que solía tener al pasar con la encantadora niña, que todas las tardes tenía preparada una flor para su amante.

Lorenzo acababa de recoger y de llevar con veneración á sus labios aquella prenda de sencilla ternura que recibía diariamente; su compañero lo contemplaba desde lejos, envidiándole su felicidad, y dejando escapar de sus ojos una ardiente lágrima de dolor y de amargura. ¡Angela salía siempre á recibir á su amigo!... ¡Rosa, por el contrario, se ocultaba siempre al verle llegar, correspondiendo á su cariño con el odio ó con el desprecio!

Lorenzo se retiraba gozoso de la ventana estrechando la flor contra su pecho, donde la misma mano de Angela la había prendido; la joven había abandonado la reja para subir al mirador de la quinta, desde el cual se describía el camino por donde su amante se alejaba.

La reja, pues, había quedado sola, y Luis, á quien su amigo solía aguardar á corta distancia, se adelantó como de costumbre hácia el lugar en que se hallaba su compañero. Al llegar cerca de la quinta, bajó los ojos y apretó el paso, como si las plantas de sus pies se posasen sobre hierros candentes.

Así pasaba junto á la ventana, cuando percibió en ella un ligero ruido, que llamó su atención y le hizo á su pesar levantar los ojos.

Cuál sería entonces su sorpresa, al ver allí á Rosa,

que con la sonrisa en los labios le saludaba, es mas fácil comprender que de describir; pero lo que es absolutamente imposible de ponderar es la alegría, la loca alegría que se apoderó del joven, al ver caer á sus pies un ramo de eliotropos, ofrecido sin duda como premio á su constancia, por la belleza cruel que hasta entonces le había pagado con rigurosos desdenes.

Con la emoción que se deja comprender, lanzóse Luis á recoger aquel precioso ramo, primera prueba de amor que, rendida á sus ansias, le daba aquella mujer tan querida.

— ¡Gracias, Rosa, gracias! fueron las únicas palabras que el mancebo pudo pronunciar en su rápida cuanto inesperada transición del desaliento á la esperanza, de la tristeza á la alegría, de la desventura á la felicidad mas completa.

Rosa se retiró al instante, dejando escuchar al joven esta frase lisonjera, que encerraba para él un mundo de doradas ilusiones:

— Hasta mañana.

— ¡Hasta mañana! repitió Luis, y corrió á incorporarse con su amigo.

Apenas llegó á él, lanzóse á su cuello; estrechóle contra su corazón, dejando correr de sus ojos copiosas lágrimas de alegría, y refirióle en breves palabras al suceso feliz de sus ya correspondidos amores.

Lorenzo gozó en la dicha de su camarada como en la suya propia, y ambos entraron en su casa con el rostro radiante de felicidad.

Ines y Teresa, instruidas por sus hijos de su amor y de sus esperanzas, aprobaron su elección, no solo porque en ella veían cifrada la ventura de ambos, sino porque Angela y Rosa, jóvenes honradas, de buena familia y modesta fortuna, tenían á su vez todas las condiciones apetecibles para ser buenas esposas y buenas madres.

Solo se esperaba la ocasión en que los dos mancebos, que habían de jugar su suerte en la quinta de aquel año, quedasen libres del servicio de las armas, para tratar seriamente de su matrimonio, al cual contaban que no se opondría el padre de las dos jóvenes, que mas de una vez había dado á Lorenzo y á Luis pruebas inequívocas de la mucha estimación que les profesaba.

VII.

LOS EMIGRADOS DE PORTUGAL.

Las escenas que vamos refiriendo tenían lugar en el año de 1840, y coincidían precisamente con la terminación de la guerra civil de España.

Con la salida de Don Carlos del territorio de la península, los partidarios de Don Miguel perdieron su última esperanza de dominar en Portugal; y muchos de ellos solicitaron del gobierno español establecerse en sus dominios, por estar mas cerca de su patria; aspiración natural que todo hombre experimenta, cuando las circunstancias le impiden respirar los aires del suelo natal, hácia el que una fuerza interior nos arrastra.

No lejos de la modesta quinta del padre de Angela y de Rosa, á orillas del Guadalquivir, se eleva un majestuoso edificio con sus torres almenadas y sus elegantes miradores; edificio que participa en su construcción de los recuerdos de la edad media, sin que por eso deje de reunir todas las comodidades de que se puede rodear la existencia de los sibaristas de nuestro siglo.

Como casa de recreo, reúne todas las condiciones apetecibles, sin contar las ventajas naturales del clima encantador de las Andalucías. Cercada de jardines, donde nunca se echa de menos la primavera; con un río caudaloso á sus pies, constantemente surcado por cien veleros naves; teniendo á su espalda una deliciosa colina, cuya cumbre coronada de verdes pinos y frondosos olivares, imitan con el ruido de sus hojas mecidas por el viento el blando murmullo del Océano, que extiende hasta allí el flujo y reflujo de sus inmensas aguas, no puede darse una situación mas pintoresca.

En cuanto á finca de utilidad, tambien es una de las mas importantes de aquel país, por las abundantes cosechas que se recogen en los dilatados terrenos que á la misma propiedad pertenecen.

De la noche á la mañana, Buena Vista, que así se llama la hacienda en cuestión, cambió de dueño, y nadie sabía con certeza quién era el nuevo Creso que la había adquirido. Unos decían que era un príncipe extranjero; otros, que un poderoso americano que había querido emplear allí su gran fortuna; y otros, por último, opinaban, al parecer con mas visos de razón, que era un rico emigrado portugués que poseía todos los tesoros del rey proscrito.

Fundábanse estos principalmente en la circunstancia de haberse establecido tambien cerca de allí otro emigrado, hombre ya de bastante edad, aunque vigoroso y robusto; pobre, segun su traje y costumbres, pues su capital solo le había alcanzado para comprar un pedazo de tierra, como de dos aranzadas, que se hallaba entre la heredad de Lorenzo y Luis y los terrenos pertenecientes al padre de Angela y Rosa; pero con tal influencia cerca del gran señor, propietario de Buena Vista, que pasaba muchos días á su lado, mientras las personas mas pudientes del país, que habían ido á visitarle, habían sido recibidas con gran ceremonia, y ninguno le había podido hablar arriba de cinco minutos, lo cual los tenía á todos muy disgustados.

El carácter del opulento señor tenía un fondo de melancolía y de orgullo, al paso que el del pobre Miguel, que así se llamaba el anciano que con frecuencia era admitido á su confianza, era por el contrario alegre y

expansivo, por lo cual nadie podía comprender aquella especie de intimidad entre dos personas de tan diferente índole, posición y fortuna.

El señor de Buena Vista, que así era generalmente llamado porque nadie sabía su verdadero nombre, apenas salía de su habitación; y si alguna vez se aventuraba á pasear por los alrededores de su quinta, escogía siempre la hora de amanecer ó de anoecer; llevaba por lo general medio oculto el rostro en el embozo de su larga capa, calado hasta los ojos el sombrero, y prefería con frecuencia pasear en carruaje ó en una góndola parecida á las venecianas, que había mandado construir, y que tenía siempre dispuesta en una especie de embarcadero cobijado por las ramas de un sauce, á cuyo tronco se amarraba la barquilla.

Nunca se le vió acompañado mas que de un negro, única persona que tenía á su servicio y que le servía de remero en la góndola y de cochero en el carruaje, ó bien del tío Miguel, que gozaba de toda su confianza; advirtiéndose por lo comun cuando le acompañaba este último, que entonces formaba mas empeño en ocultar el rostro.

Miguel por el contrario, había trabado amistad con casi todos los vecinos; era curioso á mas no poder, y le gustaba informarse de las historias del pueblo.

Su morada habitual era una cabaña que había construido en un ángulo de la pequeña propiedad que poseía; aunque solía pasar muchas noches en la hacienda del gran señor, que al parecer gustaba mucho de la sociedad del alegre anciano.

Al mes de habitar en la comarca, ya el bueno del tío Miguel entraba y salía con la mayor franqueza en todas las casas de los alrededores, donde solían hacerle reiteradas preguntas sobre el misterioso personaje cuya amistad disfrutaba; pero él contestaba siempre que hacía poco tiempo que le conocía: que como él era un emigrado portugués, á quien debía algunos favores, y que la prudencia le había impedido tratar de escudriñar otros secretos que en verdad no le importaban.

Ya fuese por la vecindad, ya porque encontrase mas placer en su trato, las personas á quienes visitaba mas de continuo eran Luis y Lorenzo con los cuales solía pasar muchos días de fiesta al lado de sus madres, y Angela y Rosa, cuyo padre había cobrado al anciano proscrito en poco tiempo la afición que los corazones generosos consagran siempre á la honradez desgraciada.

El tío Miguel había viajado mucho; entretenía con curiosos cuentos y anécdotas chistosas á cuantos le escuchaban; pero ni una sola vez se le pudo hacer hablar de la guerra civil ni de su patria; cosa que se explicaban todos muy fácilmente por el deseo natural de evitar recuerdos amargos, con los cuales no se avenía muy bien su carácter ligero y festivo.

Francisco, el negro del señor de Buena Vista, que solía acompañar al viejo algunas veces, reía á carcajadas con sus chistes; lloraba de gozo al escuchar al tío Miguel, y lo escoltaba siempre de noche por ser las horas en que, segun él, jamás le necesitaba su amo.

Luis y Lorenzo, así como sus madres, experimentaban hácia el pobre emigrado las mas vivas simpatías; lo mismo pasaba á Angela, que le regañaba como á un niño el día que dejaba de verla.

Por lo que hace á Rosa no le quería tanto como su hermana, y aun había empezado á cobrarle alguna aversión, por haberse permitido el anciano hacerle algunas ligeras aunque juiciosas reflexiones sobre su carácter.

El tío Miguel, sin embargo, era la alegría de toda la comarca; su choza estaba casi siempre llena de gente, y todos le escuchaban como á un oráculo.

VIII.

PODEROSO CABALLERO ES DON DINERO.

A los dos días de haberse manifestado Rosa subita y agradablemente impresionada por el amor de Luis, al cual había dado ya la primera prueba de afectuosa correspondencia, presentose el joven en la cabaña del tío Miguel con el semblante lleno de alegría.

— ¿Qué traes? le preguntó este con su habitual benevolencia.

— Vengo á traerle á Vd. la noticia de nuestra felicidad.

— Pues ¿qué pasa?

— Que se nos ha entrado por las puertas una gran fortuna.

— ¿Cómo es eso?

— Verá Vd. Anoche estábamos en casa sentados al rescaldo mi madre, mi madrina, la señora Teresa, Lorenzo y yo, echando cálculos para cuando pase el día de la quinta, hasta el cual no podíamos tratar de nuestros matrimonios con Angela y con Rosa... cuando de pronto... ¿quién dirá Vd. que se presentó en nuestra casa?

— ¿Qué sé yo?

— Pues fueron nada menos que el juez y el escribano. Llevaba este último un gran legajo de papeles; y despues de ciertos preámbulos para no asustar á mi madre, leyó un capítulo que quería decir: que habiéndole mi padre salvado la vida en la batalla de Bailen á un caballero oficial, francés sin duda, que acaba de morir en... yo no sé... allá en su tierra, se ha acordado de su libertador á la hora de la muerte, y ha dejado para él, ó para su familia, en el caso de no existir mi padre, una cantidad... fabulosa. Asómbrese Vd., tío Miguel: la cantidad de doscientos mil reales.

— ¿Y dónde está eso?

— ¿Dónde ha de estar? En nuestra casa. Mi madre

los tiene ya guardados debajo de siete llaves, y tenemos grandes proyectos.

— Sea en hora buena.

— Como Vd. es nuestro amigo, queremos que participe también de nuestra alegría y asista mañana a una comida de campo que tendremos, donde se ajustarán nuestras dos bodas: la de Lorenzo con Angela, y la mía con quien Vd. sabe.

— Pero... ¿ella te quiere?

— ¡Pues no! Ahora mismo me lo acaba de confesar. Si antes no se había decidido, era porque no sabía si sería yo del agrado de su padre; pero ahora que no tiene duda... porque su padre ha aceptado nuestro convite, no hace de ello un misterio, y aun se tiene por la mujer más feliz del mundo. Ella misma me lo ha dicho.

— ¿Y cuándo ha sabido Rosa lo de la herencia?

— Hoy cuando yo se lo he contado.

El tío Miguel frunció los labios con una imperceptible sonrisa de incredulidad, y tendiendo la mano a Luis, le felicitó cordialmente por aquel inesperado suceso, y le ofreció también asistir a la comida. Lo único que extrañó fué que Lorenzo no le acompañase, siendo dos hermanos que nunca se separaban; pero ni el viejo se cuidó de preguntar el motivo, ni el joven de explicar un hecho meramente casual y que no tenía importancia alguna a sus ojos.

IX.

¡A LA SALUD DEL MUERTO!

« Si quieres ver quién es Periquillo, dale un empleo. » Este proverbio, que como todos, encierra una gran verdad bajo la forma más trivial y sencilla, descubre el velo de una de las miserias más profundas de la especie humana.

Pocos son los que pueden subir algunos peldaños de la escalera del poder ó de la fortuna, sin que el mareo de la vanidad ofusque su vista, y trastorne al fin todos sus sentidos.

La comida de campo estaba dispuesta, toda la vecindad convidada; las mejores bailarinas del lugar y los dos más famosos tocadores de guitarra hallábanse también listos para contribuir a la amenidad de la función, a la que nada faltaba para ser una gran fiesta; pues hasta la mujer del juez y la del escribano, prescindiendo de las preocupaciones, habían ofrecido asistir y hombrarse con la señora Inés que desde aquel día empezaba a gozar de los privilegios de su nueva clase.

Solo faltaba elegir el sitio más a propósito; y de este embarazo las vino a sacar muy oportunamente un aviso que trajo el negro, en nombre de su amo, el cual, a ruegos del tío Miguel consentía en que la fiesta se celebrase en su hacienda de Buena Vista, cuyos salones, jardines y demás dependencias ponía desde luego a disposición de la señora Inés y sus convidados.

Apenas podía esta dar crédito a sus oídos, cuando Francisco le participaba tan agradable nueva.

La noticia corrió al instante por todo el lugar, y la alegría de las personas invitadas no tuvo límites, al saber que las puertas de aquel maravilloso y opulento palacio, cerradas para todo el mundo, iban a abrirse aquel día sin dificultad a sus curiosas miradas.

La madre de Luis estaba loca de alegría; abrazaba a Lorenzo, a Teresa y a todos los que entraban; reía sin saber por qué; corría sin saber adónde, y salían de sus labios palabras incoherentes, como si en efecto se hubieran trastornado su juicio.

Calmada al fin un poco por las reflexiones de Teresa, que miraba con temor a su amiga, llegó la hora de partir, y todos salieron gozosos, esperando con ansia llegar a la hacienda del poderoso señor, para admirar sus maravillas.

La hacienda estaba próxima; el día, uno de los más hermosos de la entrada de la primavera, y todos decidieron unánimes hacer a pié el camino, a despecho de la señora Inés que había enviado por un coche, el cual, no obstante la decisión, siguió de respeto a la comitiva.

Al pasar por la quinta que habitaban las dos jóvenes, estas y su padre, que ya estaban aguardando con el tío Miguel, se les reunieron, y todos juntos continuaron la marcha triunfal al son de las guitarras, de las alegres coplas y del repiqueteo sonoro de las castañetas.

Todos los agasajos eran para la señora Inés y para la novia de su hijo; todas las coplas improvisadas por uno de los tañedores de vihuela, que tenía sus ribetes de repentista, celebraban la hermosura de Rosa, la gallardía de Luis y la generosidad de su madre. Hasta la esposa del juez se dignó aplaudir algunas veces, cuando ya estuvieron fuera del lugar; la del escribano aplaudió, cuando todavía se hallaban en las últimas casas del pueblo.

Inés y Luis se habían hecho arreglar como por ensalmo lujosos vestidos, que iban estrenando aquella mañana; Teresa y Lorenzo llevaban los que habitualmente solían usar en los días de fiesta; y sin embargo, no tenían celos, porque se habían hecho esta reflexión: « Ellos son ricos, y nosotros pobres. »

Cuando llegaron a Buena Vista, las mesas estaban ya dispuestas en uno de los mejores salones del palacio.

El señor de la casa estaba ausente; pero el tío Miguel y Francisco, encargados en su nombre de hacer los honores, ofrecieron a los ojos atónitos de los convidados un verdadero festín de príncipes.

Seis jóvenes, caprichosa y elegantemente ataviadas, servían a la mesa toda clase de exquisitos manjares, con

asombro, más que de otro alguno, de la señora Inés, cuya comida en comparación de aquella era una cosa ridícula y miserable.

En lugar de las dos monótonas guitarras, se hizo oír durante la comida una deliciosa orquesta, que suspendía agradablemente los sentidos, y no dejaba salir de la admiración, sino para caer en el asombro.

Para todos los que allí se hallaban, excepto para el tío Miguel y Francisco, que estaban en el secreto, era aquello una especie de fantasmagoría, un encanto de hadas, ó un sueño de las Mil y una noches.

El tío Miguel, que conocía al caprichoso y opulento señor por cuya orden se obraban todos aquellos prodigios que tanto asombro causaban a los circunstantes, sin que a sus ojos tuviesen valor alguno, se paseaba de un extremo a otro del salón con la sonrisa en los labios, cambiando de cuando en cuando en voz baja algunas palabras con el negro, para el cual todo aquello parecía ser una cosa habitual y sencilla.

Levantados los manteles, el tío Miguel dió las gracias a todos los circunstantes en nombre del caballero incógnito, por haber aceptado su convite, asegurándoles que aquella era la costumbre que tenía siempre de obsequiar a sus vecinos, cada vez que mudaba de residencia.

A instancias de Luis, pidió en seguida la mano de Rosa a su padre, el cual la concedió con mucho gusto entre los aplausos y vitores de la concurrencia. Después pidió para Lorenzo la mano de Angela, que el padre concedió también, sin que esta concesión arrancase las mismas muestras de entusiasmo que las de su amigo.

Las mujeres del juez y del escribano, que se habían levantado para abrazar a Rosa y a Inés por su futuro parentesco, felicitaron a Angela y Teresa con una frialdad mal disimulada. Estas lloraron, cuando creyeron que nadie las veía; pero había allí quien las observase. Lorenzo, que era uno de ellos, palideció de dolor; una nube sombría cubrió sus ojos, y se apoyó en la pared para no caer al suelo. El tío Miguel frunció los labios con una expresión de desdenosa ironía; se encogió de hombros, y dijo para sí: « ¡Este es el mundo! »

Al salir de allí, Lorenzo quiso acercarse a Angela; pero esta huyó de él para ocultar su llanto. Esto acabó de enloquecerle.

Mientras visitaban el palacio, el tío Miguel llamó aparte a la más joven de las dos hermanas; llevóla a un gabinete donde había un gran cofre lleno de oro, y mostrándoselo le dijo:

— He visto el desaire que acaban de hacerte; el dueño de este palacio lo ha visto también oculto a las miradas de todos, y en su nombre te ofrezco cuantas riquezas le pertenecen, con la sola condición de que olvides a Lorenzo.

La joven levantó la cabeza con orgullo; miró al anciano con dignidad y le contestó con entereza:

— Un corazón leal vale más que todos sus tesoros. No los quiero.

— Olvida por tu bien todo lo que has visto, le dijo el tío Miguel con tono solemne y salió con ella.

A los pocos minutos hacia a Rosa el mismo ofrecimiento.

La joven miró atónita aquella inmensa fortuna, y contestó al anciano sin vacilar:

— Acepto.

— Despidete a Luis en el término de tres días, y espera; le dijo el tío Miguel, y la acompañó hasta la puerta de la quinta, donde ya la estaban aguardando.

La madre de Luis ofreció un asiento en el coche a Rosa y a Angela, a la mujer del juez y a la del escribano. Para Teresa no hubo asiento. El vínculo de amistad estaba roto por el peso de la fortuna.

Lorenzo después de acompañar a pié a su madre, que no le pudo ocultar su llanto, desapareció de su casa aquella misma noche.

Luis y su madre vendieron al día siguiente a un desconocido la mitad de la tierra y de la casa que su padre había heredado del tío Juan en compañía de su inseparable compañero. Reunida aquella cantidad a los doscientos mil reales que habían heredado, ajustaron una quinta cerca de la del padre de Rosa. Cuando fueron a pagar el precio... toda su fortuna se la habían robado.

Al día siguiente Luis recibió una carta de su prometida en la cual le retiraba su palabra de casamiento, y un poco más tarde le noticiaban que le había cabido la suerte de soldado.

Al salir Inés a la calle, lanzada de su hogar por aquel a quien lo había vendido, el repentista de la guitarra se acercó a ella y le dijo con acento de burla:

— ¿Cuándo iremos otra vez a divertirnos a la salud del muerto?

X.

LAS CALIFORNIAS.

Sobre la muralla de Cádiz, frente a la puerta del Mar se paseaba meditabundo y silencioso un joven, que esperaba con ansia el momento de hacerse a la vela para el Nuevo Mundo. Este joven era Lorenzo que, herido en el amor de su madre, en el de Angela y en el suyo propio, había jurado hacer fortuna en poco tiempo, para borrar con oro el desaire que los tres habían sufrido, porque él era pobre.

Los periódicos anunciaban a la sazón los tesoros inmensos hallados con suma facilidad en una península situada en las costas del mar Pacífico; y una multitud

de ambiciosos aventureros se aprestaba en todas partes a dirigirse a aquella tierra de promisión, donde en cuatro días se podía improvisar una gran fortuna.

(Se concluirá.)

El corricolo. — La diligencia napolitana.

Los medios de locomoción se han ido perfeccionando en todos los países, de tal modo que los antiguos vehículos de nuestros abuelos apenas subsisten más que en la memoria. ¿Tendrá esta suerte el corricolo napolitano de nombre tan poético? Ya la civilización a pesar de las resistencias y las lentitudes que le opone la Italia meridional, ha extendido el nivel de los ferro-carriles sobre un lado de las orillas del golfo de Nápoles. El corricolo no recorre con tanta frecuencia como en otro tiempo el trayecto entre Nápoles y Portici, Torre del Greco, Torre dell'Annunziata y Pompeya. No en él se transportan los viajeros de todas las naciones a las maravillosas ruinas de la ciudad desenterrada. Hoy el viajero llega con el vapor al antiguo municipio romano, y sale del wagon para visitar la orilla donde Cicerón recibía a Octavio cuando este se hallaba en los principios de su fortuna política.

Pero si el camino de hierro ha ahuyentado en parte al corricolo de los caminos al Sur del Vesuvio hasta Castellamare, ó hasta Nocera y la Cava, ese verdoso valle tan hiperbólicamente ponderado por el amor de los napolitanos, en cambio reina solo todavía sobre las riberas privilegiadas que más allá de Nápoles se extienden hasta Puzzoles, Baia y el cabo Misena. No hay instante en que la gruta de Pausilipo, antiguo túnel abierto por las manos de un pueblo desconocido, no esté atravesado por esos ligeros carruajes ya cargados de *contadini* en dirección a Nápoles, ya con algunos viajeros hacia el lago Agnano, el lago Lucrino y la ribera de Baia, ese lugar de delicias donde los romanos ricos tenían casas de campo en que se entregaban a todas las voluptuosidades de una vida disoluta.

Hoy ese mar azul no está surcado ya por aquellas barcas doradas con velamen de púrpura, ni resuena ya con cánticos alegres; pero sin embargo, esas orillas mudas y solitarias no han perdido nada de la hermosura de sus flexibles contornos; continúan siempre inundadas de una luz admirable, la tierra sigue tan encantada como siempre; es « un pedazo de cielo caído en la tierra, » como dice el poeta Sannazar:

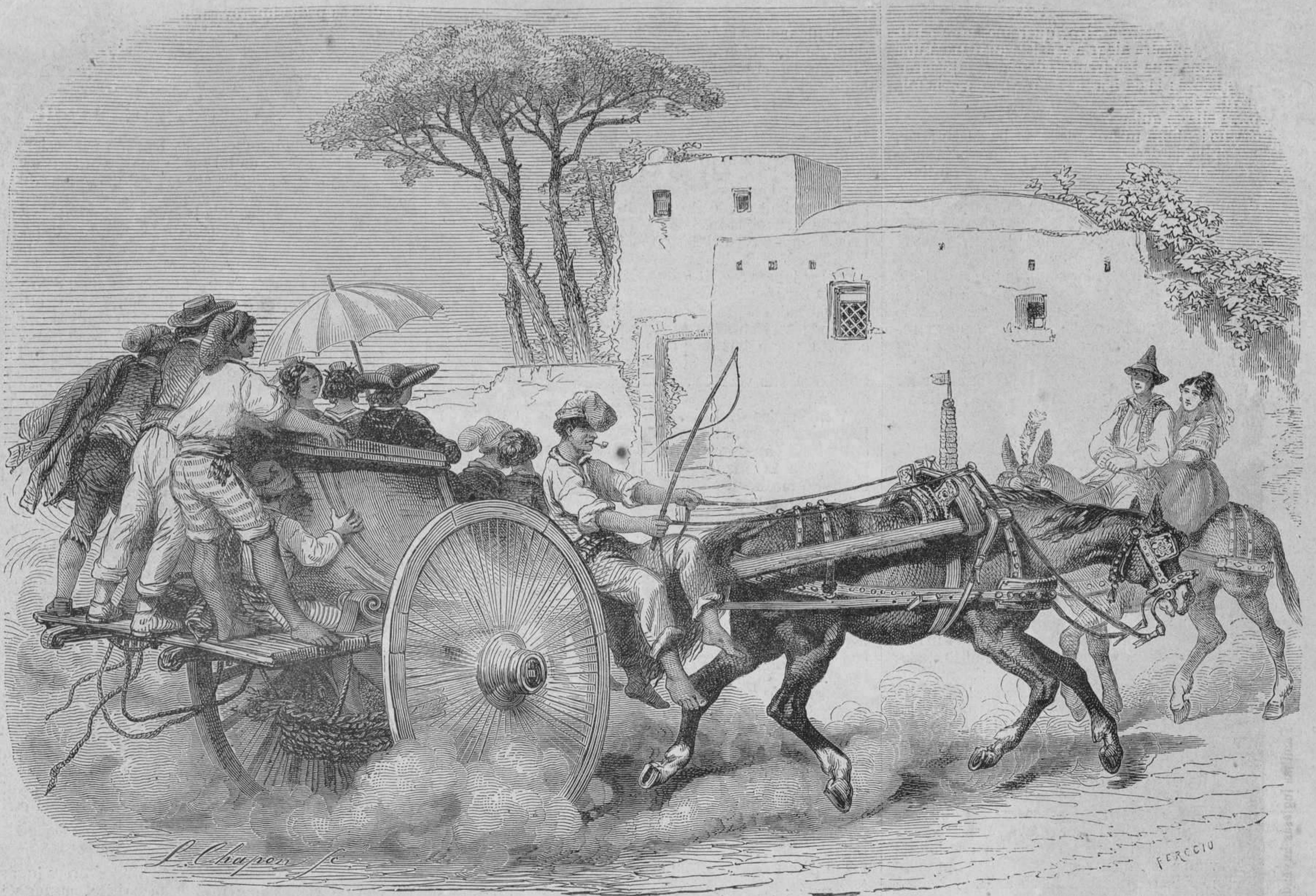
Un pezzo di cielo caduto in terra.

Efectivamente, todo el que ha visitado esos lugares conserva de ellos una impresión poética, aunque los haya recorrido en el más duro de todos los corricolos de Nápoles. El corricolo, como se ve en la lámina, es una especie de calesa descubierta más ó menos bien suspendida sobre dos ruedas altas. Algunos tienen adornos; pero por lo común presentan el aspecto del abandono y la decrepitud, y el caballo que le lleva, es uno de esos caballos imposibles, uno de esos animales apocalípticos, que apenas sirven en España para las funciones de toros. Y sin embargo, corre que es un gusto, y el carruaje desarticulado por los sacudimientos que pusieron a prueba su larga existencia, está sólido aun y rueda a las mil maravillas. Pero hay que dejar subir a todos los transeúntes que se encuentran por el camino; su número importa poco, nadie incomodará al que tiene ya su puesto. Se sentarán tres ó cuatro, hombres ó mujeres, sobre las varas; otros tantos irán en la trasera, grooms de nueva especie mal ó apenas vestidos, que no os dirigirán la palabra si notan que no estais en disposición de hablar, pero que por encima de vuestras cabezas entablarán coloquios sonoros con el cochero. Cuando no queda ya lugar ninguno, el último que llega se coloca en el cesto que va debajo del corricolo, y entonces este corre que es un portento hacia Nápoles levantando el polvo de las vías antiguas.

Cuando solo se trata de un paseo por las cercanías de Nápoles, el corricolo es para el viajero el vehículo más cómodo. Al Sur de Salerno el término de sus excursiones es Paestum, cuyos templos antiguos aun en pié en su majestuosa soledad, producen una impresión muy viva. Más adentro la Italia es poco conocida, y sin embargo, ofrece escenas pintorescas de un gran carácter; pero es preciso pagar su vista con las privaciones y fatigas de un viaje que exige ocho ó diez jornadas de marcha, si de Nápoles se quiere llegar hasta la extremidad de la Calabria, de aquel Brutium donde Anibal se sostuvo como en una ciudadela, desafiando la fortuna de Roma, su odio y su ira.

Aunque se dejen aquí las vías frecuentadas, no faltan los medios de transporte; además de los calesines, además de la *vettura corriera*, que lleva los despachos, se encuentran diligencias que van en diferentes direcciones, y á veces acompañadas de escopeteros para protegerlas contra los ataques de los ladrones que desde los tiempos más remotos han sido el terror tradicional y á veces exagerado de la comarca. Los pintores y los novelistas deben apresurarse a recoger inspiraciones en esos países, pues la civilización se adelanta, y dentro de algunos años el gobierno napolitano pensará sin duda en unir la Italia con la Sicilia prolongando un ferro-carril hasta enfrente de sus riberas; entonces toda esa parte de la Italia meridional cerrada hoy á la curiosidad del viajero prudente, será, gracias á los wagones y al vapor, el fin ordinario de las excursiones.

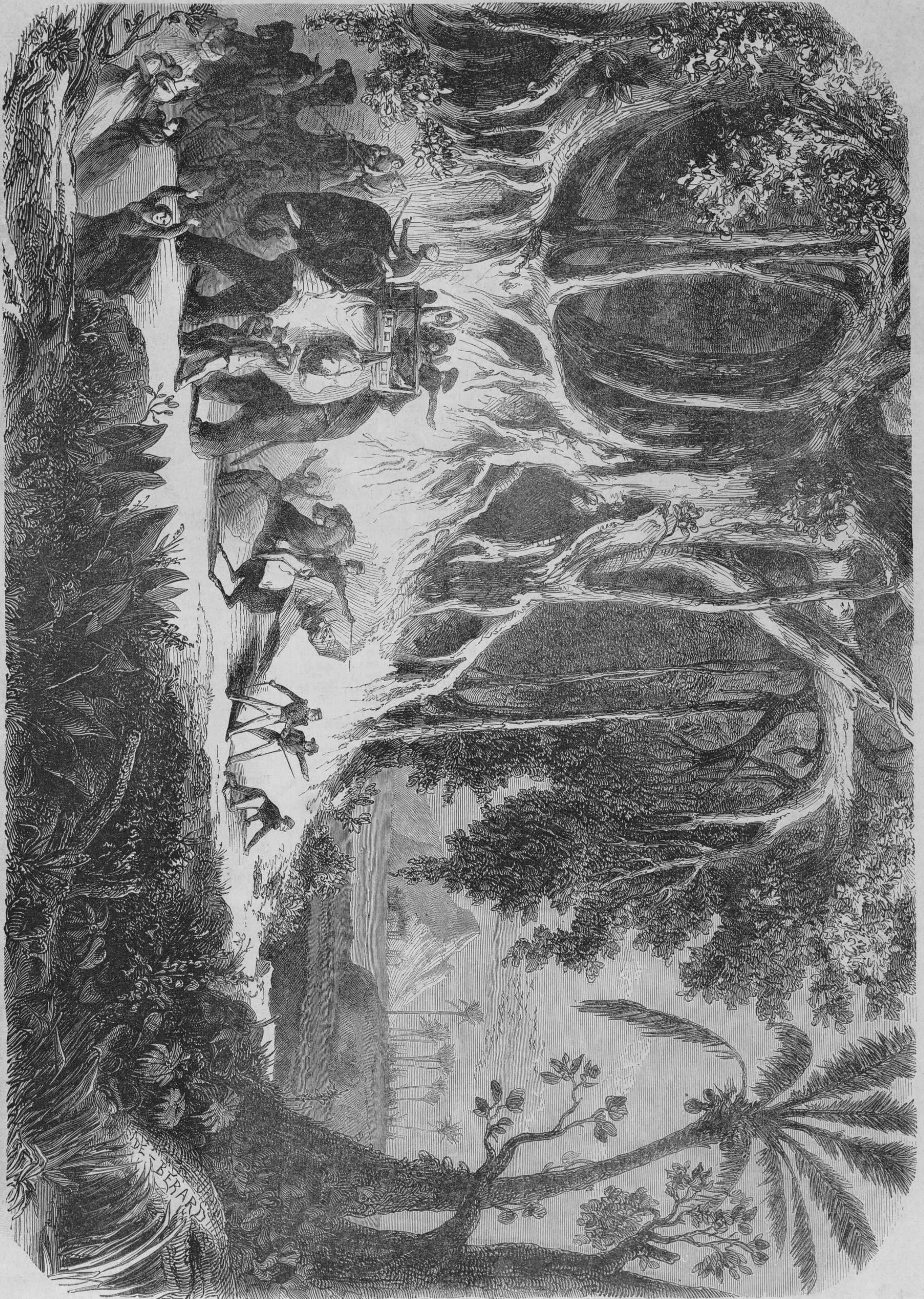
D. P.



Escenas napolitanas. Corricolo en el camino de Nápoles á Portici.



La diligencia de Salerno á Cosenza.



Familias inglesas huyendo de los cipayos sublevados en la India.

REDENCION.

POR M. OCTAVIO FEULLFT.

(Continuacion.)

MAGDALENA, se levanta y va á ver las calaveras de cerca.

Es la primera vez que veo calaveras. ¡Dios mio! ¿y todos somos así despues de muertos?... (Tocando uno de los cráneos.) ¿Aquí está el cerebro?

ZAFARA.

Sí, el resorte del reloj, lo que hace que el individuo ria ó llore, piense ó sienta; ¡el alma inmortal!... ¿comprendes, hija mia?... Ultimamente he visto una cosa muy curiosa... era un hombre, muy en vida, á quien un casco de granada había arrebatado un pedazo de cráneo, en tal lugar como este; por el agujero veía yo cómo los sesos latían... puse mi mano encima...

MAGDALENA.

¿Qué horror!

ZAFARA.

Y á cada presion de mi mano sobre la materia cerebral el hombre se volvía idiota... ¡tenia yo su alma bajo mis dedos!... ¡el alma inmortal!...

MAGDALENA.

En suma, ¿no crecís en el alma?

ZAFARA.

¿Cómo no he de creer cuando la he tocado con el dedo?

MAGDALENA.

Pues sois el consejero que necesito.

(Vuelve á sentarse.)

ZAFARA.

Habla, hija mia, si necesitas un consejo; los años me han dado mucha sabiduría... ¡Ay! es mi única fortuna... Si tuviera solamente lo preciso para vivir, mi placer mayor seria dar consejos gratuitos á todo el mundo á la sombra de una encina.

MAGDALENA.

¿Me conocéis, Zafara?

ZAFARA.

Ya lo creo: juventud, talento, hermosura, risa sonora y suave como una cascada en julio, alegría de los ojos, tormento de los corazones. Te conozco muy bien, Magdalena.

MAGDALENA.

Entonces os diré desde luego que á pesar de tantos aplausos y fiestas como me rodean, me aburro mortalmente. Me parece que he errado el camino, y que preferiria menos adoracion y mas respeto.

ZAFARA.

No digas mas, está entendido. Conozco tu mal. Las preocupaciones del mundo han concluido por turbar tu clara inteligencia, ¿te sientes débil? Cádate con un necio y hazte devota. Siempre te aburrirás, pero poco á poco serás feliz en la inercia; pero si te crees fuerte voy á iniciarte en el grande arcano de la vida, y serás en realidad tan dichosa cuanto una criatura humana puede serlo.

MAGDALENA.

Veamos el arcano.

ZAFARA.

Hija mia, si quieres creer á un viejo que pronto cumplirá un siglo, no hay felicidad en este mundo sino en el sentimiento de la fuerza unido al del poder, y todo el que marcha con otro rumbo pierde su trabajo, y no halla mas que el vacío. A mis ojos, aquel que no puede elevarse á la altura de esos sentimientos, es un servil, digno de su miseria.

MAGDALENA.

Pero ¿en qué consiste la fuerza y el poder?

ZAFARA.

La fuerza es desdeñar todas las convenciones ante las cuales se prosterna en su estupidez la raza humana, sin pensar que todos esos ídolos son obra de sus manos; el poder es hacerse dueño del dueño de los hombres — es el dinero.

MAGDALENA.

¿Y cómo se alcanzan esos dones, religioso anciano?

ZAFARA.

Con el libre desarrollo de los medios naturales que el acaso nos dió, con su uso libre de todos los entorpecimientos de las preocupaciones, sin otra detencion que los límites fijados por las leyes positivas, pues es preciso respetar la ley. Nada es tan respetable como un hecho; pero la ley es elástica, y á menos de haber practicado como yo la razon durante medio siglo, nadie sospecha, hija mia, lo mucho que se puede hacer sin que a uno le ahorquen.

MAGDALENA.

Supongo, doctor, que Dios, la virtud y el honor se hallan entre las convenciones cuyo yugo es necesario romper previamente.

ZAFARA.

Los hombres, hija mia, han bautizado con el nombre de Dios el miedo que tienen de su sombra, y el que se tienen unos á otros... ¡Pícaros hombres!... les ha hecho inventar el honor y la moral. Únicamente la ley es respetable porque es un hecho ¿lo entiendes... niña?... Mojándose los piés se puede contraer la última enfermedad, y violando la ley se puede ganar la horca... el respeto á la ley es medida higiénica.

MAGDALENA.

¿Y el desprecio que no está escrito en la ley, no es tambien un hecho, y un hecho que puede pesar mucho sobre una cabeza?

ZAFARA.

¿Qué es el desprecio sino la envidia que el débil tiene al fuerte, el esclavo al amo? ¿El desprecio de quién? ¿Conoces á los hombres? ¿Hay uno entre todos los que se asoman á la puerta cuando paso yo para llamarme: ¡Judío!... ¡brujo!... ¡avaro!... ¿hay uno que no me hiciese un puente con su cuerpo sobre el arroyo de la calle, si abriera yo una de las talegas amontonadas en mis subterráneos?

MAGDALENA.

¡Ah! ¡Con que teneis talegas!

ZAFARA, con fuerza.

Sí, poseo toneles de oro... Lo digo con cinismo, porque no me importa que lo sepan, pues nadie sabrá jamás dónde están mis subterráneos. Y no por eso me encuentro menos necesitado, habiéndome impuesto la ley de no tocar nunca á mi capital; ahora bien, como no trato de que me produzca intereses á causa de la maldad de los hombres y de las eventualidades del comercio, resulta que mi pobreza es muy grande, si bien es grande igualmente el poder que tengo suspendido sobre el mundo.

MAGDALENA.

¿Y sois dichoso?

ZAFARA.

Dichoso. (*Exaltándose por grados.*) ¿Qué lodo inmundo tienes en el cerebro si lo dudas? ¿Saber uno que se halla colocado por sus propios esfuerzos en un lugar tan alto que es inaccesible á los mortales, y desde el cual se puede enviar á los humanos alegría ó miseria, males ó bienes á montones, y no ser dichoso?... ¡Es imposible!... Pregunto si soy feliz á la historia, preguntalo á esta raza siempre maldita, siempre perseguida y siempre triunfante de que yo descendo... Por encima de todos los poderes, mas alto que el rey y que el sacerdote, ¿qué ves y qué se ha visto siempre por todas partes?... El judío, el judío, libre de la preocupacion de los nombres ilustres, libre de la supersticion que encadena la inteligencia humana... el judío que marcha con paso firme á la conquista del oro, á la conquista del mundo... Las hogueras, los tormentos y los verdugos se cansaron, y el judío no; los reyes y los sacerdotes se acaban, pero el judío no... el judío es eterno. ¿Piensas que yo querría cambiar esta humilde morada por el palacio imperial?... Cuando la banarota precursora de las revoluciones entreabre el suelo de un imperio, ¿ignoras que se derrumba el trono si el judío no llena el golfo con su oro?... Pero bien sabes todo lo que puede el oro, y bien sabes que yo tengo mucho; añade á esto mi ciencia, y calcula la suma de mi orgullo. Me ves débil de cuerpo; el soplo de un niño me haria caer... Pues bien, esta mano tan débil... esta mano... puede contener la destruccion de un ejército, de una armada, de una ciudad, de lo que quieriera... Todas las ondas del Danubio no apagarían el incendio que esta mano podria encender en Viena, si se dignara abrirse encolerizada un solo instante... (*Con voz serena y breve.*) Pero la conciencia de mi poder me basta. Te repito que ser fuerte y poderoso es todo en este mundo. Me pides un refugio contra el aburrimiento de la vida, y te le indico; no es accesible sino á las criaturas favorecidas por el acaso, y tú eres una de ellas: tú tienes tu superioridad como tengo yo la mia... yo tengo la ciencia, tú la hermosura.

MAGDALENA, despues de una pausa.

Decidme si al llegar sobre esas altas cumbres no se desprecia demasiado á los hombres para que se tenga ningun placer en dominarlos.

ZAFARA.

Y entonces ¿qué quieres hacer, hija mia?... Tra, la, la... (*Tarareando va á tomar la redoma en la ventana, llena un pomito de un licor negruzco, y luego echa una gota de este licor en un vaso de agua.*) La, la, la... (*Llama á su gato.*) Ven aquí, Micifuz... ven aquí, fiel compañero del viejo tenebroso... acerca, modelo de las abnegaciones mal recompensadas.*(El gato se adelanta con paso incierto.)*

MAGDALENA, levantándose.

¿No envenenaréis á ese pobre animal?

ZAFARA.

Mucho le quiero, hija mia; hace diez años que me acompaña con sus ronquidos en mis tareas... y la costumbre de verle es ya mi hábito... enseñame tu lengua rosada... Le quiero mucho (*Pone sobre la lengua del gato un tubo que ha mojado en el vaso; el animal cae muerto instantáneamente.*); pero la ciencia es antes. (*Restregándose las manos y hablando consigo mismo.*) Bien, bien ha salido.

MAGDALENA.

Nunca podré creer que está bien hecho lo que acabais de hacer.

ZAFARA.

¡Eh! ¡eh!... la ley no se mezcla en esto. (*Presentando el pomito á Magdalena.*) Cincuenta ducados.

MAGDALENA, sacando el bolsillo.

Aquí están. (*Toma el pomito.*) Mil gracias. Adios.

ZAFARA.

Adios, hija mia. El que te ame sinceramente sera un tunante afortunado.

(Magdalena vase.)

II.

LA MISMA NOCHE. — EN EL TEATRO, EN EL CUARTO DE MAGDALENA.

Magdalena viniendo de la escena entra en su cuarto seguida de una doncella; lleva un traje ostentoso de teatro. Los lacayos traen una porcion de ramilletes que acaban de arrojarla; y todos los asientos y la alfombra del cuarto están llenos de flores.

MAGDALENA.

Poned ahí eso. (*Los lacayos se van.*) Todos se han vuelto locos, á fe mia.

LA DONCELLA.

Habeis trabajado esta noche divinamente.

MAGDALENA.

¿Y siempre no es así?

LA DONCELLA.

En efecto.

MAGDALENA.

Entonces ¿qué tiene de extraño?... Quitame los alfileres y vete; me voy á arreglar el pelo y limpiarme el colorete, y volverás dentro de veinte minutos. (*Llaman.*) Mira quién es.

LA DONCELLA.

Lord Sheffield, el duque de Estival y el príncipe Erloff.

MAGDALENA.

Adelante, señores, adelante.

(Vase la doncella. Lord Sheffield, Estival y Erloff entran aplaudiendo y diciendo):

¡Encantadora! ¡Sublime! ¡Divina!

MAGDALENA.

Venid aquí, tengo que reñiros... sois unos traidores... por Dios, príncipe, ese sable... todo lo enredais con él... sí, tres traidores que denuncio los unos á los otros... Y ante todo, milor, recoged vuestro proyectil... Las flores bastaban sin el brazalete... ¿Sabeis lo que habeis hecho con vuestro brazalete?...

LORD SHEFIELD, con gravedad imperturbable y un ligero acento inglés.

¿Qué ha sido?

MAGDALENA.

Habeis muerto al apuntador.

LORD SHEFIELD.

¡Ah! No habia visto... ¿Era casado?

MAGDALENA, imitando el acento del inglés.

¡Oh! ¿Porqué?

LORD SHEFIELD.

Daré una pensión á su familia... ¿pero quizá os es tait' burlando?

MAGDALENA.

Quizá... sin emhargo, no me burlo al decirós que recojais ese brazalete, milor, y vos, Estival, vuestras esmeraldas, y vos Erloff, todas esas piedras.

LOS TRES.

¡Ah! ¿Porqué?

MAGDALENA, volviéndoles la espalda para arreglarse la ropa delante del espejo durante toda la escena.

Porque así lo quiero, y no admito reclamaciones. ¿Os acordáis de los términos de nuestro tratado? Justo, hé aquí el momento de hablar de ello. Estival, teneis la palabra.

ESTIVAL.

Hace un año por ahora que en la cena de Navidad estábamos para matarnos estos dos señores, el conde Juan y yo por vuestros hermosos ojos, cuando os dignasteis arrojar entre nosotros vuestro guante perfumado con estas palabras que recuerdo perfectamente: «Señores, semejante degüello seria vano; por causa de desengaños deseo permanecer algun tiempo libre de mi persona á fin de recobrar ánimo; pero en la primera noche de Navidad si conservo mi libertad como me figuro, os reuniré á los cuatro en mi casa, y como sois la flor de la galanteria en Viena...»

MAGDALENA.

¿Dije yo la flor de la galanteria?

ESTIVAL.

Seguramente.

MAGDALENA.
Pues señor, está bien, proseguid.

ESTIVAL.
« Os prometo elegir uno entre vosotros. En cambio me prometereis que suceda lo que quiera, quedareis buenos amigos. » Hemos sido buenos amigos y estamos en Nochebuena.

MAGDALENA.
¿No podriais renovarme el pagaré para dentro de un año?

LOS TRES, con energía.
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

MAGDALENA.
Sois unos judíos. Pero habeis olvidado una de nuestras condiciones, á saber, que durante el tiempo de vuestra candidatura no podiais ofrecermos ningun regalo, excepto flores, pues no debe creerse que he cedido á otra influencia que á la de vuestro mérito personal. Llevaos todos esos dones. — Vuestro ramillete es bonito, Estival; ¿ha venido de París?

ESTIVAL.
Por el telégrafo.

MAGDALENA.
¿Y el vuestro, milor?

LORD SHEFIELD.
¡Oh!... ¿Habeis visto la flor que tiene una raiz?...

MAGDALENA.
No por cierto... ¿quiere decir alguna cosa?

LORD SHEFIELD.
¡Oh!... nada; pero no habia en Europa mas que una flor con raiz, y como ya está aquí, no queda ninguna; deseo que os agrade.

MAGDALENA.
¡Ah! ¿Con que era eso?... En efecto, ¡qué hermosa raiz!... Y vos Erloff, ¿dónde ha cortado estas flores de los trópicos vuestro sable tremendo?

ERLOFF.
Las he mandado robar la noche pasada en el jardin botánico por cuatro de mis siervos. Dije para mí: los guardas molerán á palos á dos de ellos, pero entre tanto los otros dos cogerán las flores. Y efectivamente esto ha sucedido.

MAGDALENA.
Es mucha finura, aunque se resiente de un origen cosaco; pero el conde Juan ha hecho mas aun, señores...

ESTIVAL.
¡Ah! ¡El conde Juan! ¡Qué gracia! ¡Tiene invernáculos magníficos!

MAGDALENA.
Pues nada he visto de él, ni una rosa... se escapó antes de concluir la pieza... ¡Ya verá cuando se presente! (Se oye mucho ruido en la calle.) ¿Qué es eso?

ESTIVAL, mirando por la ventana.
Nada distingo, sino la nieve y una muchedumbre apresurada... (Se oyen risas en el corredor.)

MAGDALENA.
¿Es la voz del conde! Entrad... (Entra el conde Juan.) ¿Qué pasa ahí?... ¿Es un motin, es un incendio?

EL CONDE JUAN, riendo.
Es vuestro ramillete, querida mia... ¡Ah! ¡Cuán hermosa está!... ¡Dios mío! ¡Qué hermosa!

MAGDALENA.
¿Mi ramillete causa tanto ruido?

EL CONDE JUAN.
Sí; ya sabeis que poseo invernáculos muy grandes donde los viajeros admiran las flores de las cinco partes del mundo... Pues bien, todo eso, cedros del Líbano y palmeras del Nilo, plantas de la India y de la China, árboles y arbustos, flores y frutas. Todo acaba de caer para alfombra de vuestros caballos, reina mia; la calle está esmaltada de flores desde el teatro hasta la puerta de vuestra casa. No es bonito, pero es aromático.

MAGDALENA.
¡Conde!... ¡Es una locura!

EL CONDE, dejándose caer riendo sobre un divan.
No; lo único malo, es que mi jardinero se ahorcó al ver esa poda radical en mis vergeles.

MAGDALENA.
Bien; milor concederá una pension á su familia, ¿no es verdad, milor?

LORD SHEFIELD, pensativo.
Nada de eso, estoy incomodado.

UN CRIADO, entrando.
Una carta urgente para el señor conde.

EL CONDE JUAN.
Dámela. (Lee la carta.)

ERLOFF.
Si yo lo hubiese sabido habria mandado reunir á mis

veinticinco mil siervos cada uno con un abeto en la mano.

MAGDALENA.
Principe, eso se hace y no se dice.

ESTIVAL.
Yo tengo deseos de hacer lo que el jardinero del señor conde.

MAGDALENA.
Esperad á que hayamos cenado. Las cosas no suelen ser lo que parecen. (Mira con despecho al conde Juan, absorto en la lectura de su carta.) Ahora vais á dejarme... se me olvidaba decir que vendrá mi amiga Rosita...

ERLOFF.
¿Y porqué? Es una mujer estúpida.

MAGDALENA.
No digo que no; pero la convidó para que lleve á su niña Berta, que es un ángel... Señores, hasta luego. Conde Juan, tengo que decir dos palabras.

MAGDALENA, EL CONDE JUAN.
MAGDALENA.
Sois muy descortés; ¿de qué trata esa carta que os ocupa tanto?

EL CONDE JUAN.
Nada... es una señorita...

MAGDALENA.
Que os hace pasar por todos los colores del prisma en cinco minutos... Me gustaria saber lo que contiene.

EL CONDE JUAN.
¿Os burlais, Magdalena?

MAGDALENA.
Jamás me burlo cuando hablo de veras. En algo me concierne ese papel.

EL CONDE JUAN.
No, por cierto.

MAGDALENA.
¿Lo jurais?

EL CONDE JUAN.
¿Porqué ha de interesaros?

MAGDALENA.
¡Qué fastidio! Dádmela.

EL CONDE JUAN.
¿Teneis empeño en ello?

MAGDALENA.
Ya veis que no; dádmela pronto. (Algo encolerizada.)

EL CONDE JUAN.
No podriais comprender lo que dice. Permitidme que os haga el exordio. Esta carta es de un primo mio de quien os hablé en otro tiempo, el que nunca he podido traer á vuestra casa... Hace tres años me encontraba con él en la Siberia, en un viejo castillo entre dos montes donde agonizaba mi tia que me habia educado, y á quien amaba yo apasionadamente. Allí permanecí dos meses casi solo con mi primo, corriendo por las montañas y hablando de cosas íntimas; en suma, me agradó mucho.

MAGDALENA.
Está muy bien, la carta.

EL CONDE JUAN.
Quedamos muy amigos... y despues me ha dejado completamente.

MAGDALENA.
¡La carta!

EL CONDE JUAN.
Entonces era solo un hombre original, hoy parece que está mas adelantado... se ha vuelto loco.

(Se continuará.)

El archivo de Simancas.

(Conclusion.)

Veremos mas adelante que no es acreedor don Tomás Gonzalez á que se haga de él una mencion menos honorífica.

Por decreto de 14 de marzo de 1537, Felipe II mandó á Gerónimo de Zurita, su secretario y cronista del reino de Aragon, buscar y recoger las instrucciones, memoriales, cartas misivas y otros papeles relativos á los negocios públicos, que despues de haber estado en manos de los embajadores, secretarios y ministros del rey, del emperador su padre y de los Reyes Católicos, habian pasado á las de sus herederos y otras personas. Recogidos estos papeles, debian ser trasladados á Simancas, y allí examinados concienzudamente con objeto de redactar para el rey y sus ministros una relacion de todo lo importante que contenian. No parece que Zurita, á

pesar de ser uno de los hombres mas eruditos de su tiempo, diese cima á su cometido. En julio de 1624, Felipe IV confió una mision análoga á su secretario Francisco de Hoyos, el cual se trasladó á Simancas con objeto de tomar inventario del archivo, y hacer un catálogo minucioso de los papeles de Estado y Guerra, y otro en globo de los demás, distinguiendo sin embargo, los reinos, estados, provincias, é igualmente las materias que les concernian. Debía tambien hacer una relacion de los papeles de Estado de importancia destinada al Consejo de Estado. Los inventarios habian de remitirse á la Cámara, guardándose el archivero copia de ellos y de la expresada relacion.

La edad avanzada de don Francisco de Hoyos no le permitió desempeñar su comision, que era sin duda superior á sus facultades. Murió en 1627, y su hijo don Antonio, designado para proseguirla, concluyó en 1630 el inventario de los papeles del patronato real y el de los de Estado, cuyas copias no se hallan actualmente en Simancas, sino en Paris, á donde las envió en 1810, época de la invasion francesa, el general Kellermann. El original del inventario de los papeles de Estado, el mismo que remitió á Felipe IV don Antonio de Hoyos, consta de 310 pliegos, y se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. El inventario de los papeles del patronato real se compone, sin los índices, de 543 hojas.

El segundo inventario, que se titula en el dorso, *Consejo de Estado, misivo*, tiene 183 hojas. En él se expresa muy confusamente el contenido de los legajos; no hay en las indicaciones la fidelidad apetecible, y los pormenores escasean demasiado.

Bajo el mismo rey Don Felipe IV, fué nombrado interinamente secretario del archivo de Simancas el oficial 3º de la secretaría de Estado don Pedro García de los Ríos, hombre muy inteligente y práctico en lo que concierne á la clasificacion de papeles, á quien se deben, á mas de la devolucion de varios documentos que se habian sacado del archivo para uno de los ministros y de los consejos, varios inventarios que, unidos á los de don Antonio Hoyos, eran en 1726 los únicos que habia en el depósito de Simancas. Así al menos lo dice don Santiago Agustin Ríos, encargado por Felipe V de formar una relacion del estado de aquel archivo.

Es de creer que desde 1726 hasta 1814, en que por órden del gobierno francés visitó el archivo de Simancas M. Guiter, se hicieron nuevos inventarios, pues M. Guiter halló de ellos 46 volúmenes, y no es de presumir se debiesen todos á dos personas solas.

IV.

A principios de 1809, Napoleon que se habia propuesto reunir en Paris los archivos de todos los países que incorporase á su imperio, pensó, hallándose á la sazón en Valladolid, que no debía librarse el archivo de Simancas de la suerte que habia cabido á los de Roma y Viena. En agosto de 1810, Kellermann, general de division, recibió del principe de Neufchatel la órden de hacer trasportar á Bayona los papeles de Simancas. Sesenta cajas de legajos llegaron el 28 de noviembre al punto designado; pero habiendo manifestado el general que para contener todos los del archivo se necesitarian mas de doce mil cajas, se decidió no se sacase mas que los que fuesen históricos.

M. Guiter fué el encargado de la rebusca. Se trasladó al efecto desde Paris á Simancas, y con la ayuda de don Manuel Mogrovejo, canónigo de Valladolid, desempeñó su comision, manifestando, despues de haberse hecho cargo de todos los papeles, que una cuarta parte de ellos debian ser trasladados á la capital de Francia. Calculó que el volumen de todos los legajos que habia en el archivo ascendia á 606 metros, 77 centímetros cúbicos, siendo su peso de 279,719 kilogramos. El 24 de mayo hizo una remesa de cincuenta y nueve cajas, otra de cincuenta y tres el 6 de junio, y regresó á Francia despues de dejar preparada otra de cuarenta.

Cuando en 1814 los aliados entraron en Paris, los Estados que se habian visto despojados de sus archivos reclamaron casi todos, como era natural, que les fuesen devueltos. Nuestro embajador practicó al efecto cerca del principe de Tailleraud las gestiones convenientes, y el ministro francés expidió sus órdenes al guarda general de los archivos de Francia.

La restitution hubiera sin duda sido inmediata y completa sin las observaciones del archivero general M. Dannon, que se empeñó en que no debian ser devueltos los papeles procedentes de Simancas, que se referian á provincias pertenecientes desde mucho tiempo á Francia, y quedaron en efecto en Paris muchos y muy importantes, devolviéndose los demás en marzo de 1816.

Desde entonces acá se han hecho muchas reclamaciones, que han sido todas infructuosas. Escudados los ministros franceses con las especiosas razones alegadas por M. Dannon, han podido hasta ahora esterilizar todas las demandas.

Segun resulta de las notas tomadas en 1816 y de los inventarios hechos despues, los papeles pertenecientes al archivo general de Simancas que el gobierno francés no ha devuelto todavia, son los comprendidos en un inventario que formó el actual archivero don Manuel Garcia Gonzalez, á consecuencia de real órden de 18 de setiembre de 1818, del cual incluí yo una copia en la Memoria á que este extracto se refiere.

Basta hojear con muy poca detencion el expresado inventario para comprender el vacío inmenso que dejó en el archivo de Simancas la pérdida de tan importantes documentos. Si algun dia la fuerza del derecho predomina sobre el derecho de la fuerza, podrá nuestra pa-

tria recobrar el rico tesoro que la Francia retiene en su poder bajo los especiosos pretextos que le suministró el ingenio de M. Dannon, los cuales, recordándonos la fábula del lobo y el cordero, nos confirman en la idea de que el fuerte tiene siempre razón contra el débil. Nuestro gobierno, sin embargo, debe espiar todas las ocasiones, estar al acecho de todas las peripecias políticas que tan frecuentes son en la nación vecina, para renovar sus gestiones acerca de los papeles que no nos han sido todavía devueltos. Se dejó pasar una circunstancia muy favorable para el éxito de tan legítimas reclamaciones. Cuando la doble boda hubiera probablemente Luis Felipe accedido á ella, sobre todo procediendo de un gobierno salido de un partido servilmente orleanista, que en Francia se llamaba *partido francés*.

Después de la proclamación de la república, la demanda de nuestro gobierno hubiera parecido hija del deseo de manifestar de cualquier modo sus simpatías al de nuestros vecinos. Ahora, ocupando el trono de Francia un Bonaparte, sería temerario empeñarse en recobrar el caudal que otro Bonaparte nos arrebató. Fuerza es callar y esperar, pero sin abdicar nuestros derechos. Mientras tanto el dolor que á los buenos españoles amantes de la justicia debe causarles el ver que su patria no puede hacer prevalecer su razón, debe en cierto modo mitigarse ante la idea de que Napoleón, sin saberlo tal vez, al arrancar del archivo de Simancas sus riquezas históricas, no hizo más que desenterrarlas y entregarlas á la circulación. Impenetrables, ó poco menos, como han sido hasta ahora nuestros archivos, nadie hubiera explotado los ricos manantiales cuya pérdida lamentamos, si el poder absorbente de Napoleón no los hubiera sacado de la oscuridad en que yacían, y el mundo literario carecería hoy de las páginas más brillantes con que ha enriquecido Capéfigue su *Historia de la reforma, de la liga y del reinado de Enrique IV*, y de la grande obra de M. Minguet, titulada *Negociaciones relativas á la sucesión de España*.

La colección sacada de Simancas, que no se ha restituído aun, era una rica mina sin beneficiar, cuya explotación tomó la Francia por su cuenta, y con el oro de sus magníficas tradiciones ha formado joyas literarias del más alto precio. Cuando la recobren sus legítimos propietarios, la hallarán sin duda agotada, y estéril ya entonces para la literatura, conservará solo su importancia monumental.

Al que fuese á París para examinar en su archivo general los documentos extraviados del de Simancas, le sería imposible dar con ellos si no tuviese una guía que el inventario que se conserva en el depósito á que pertenecieron. Don Manuel García González me facilitó una copia de un extracto del índice de los papeles de Simancas que se hallan en el archivo general de París, donde lo formó en 1848 don Pascual de Gayanzos, y otra copia además de una carta que este le escribió al remitírselo desde Madrid con fecha del 29 de octubre de 1844. Gayanzos manifiesta que no se hallan en su lista los legajos pertenecientes al siglo XVI, por estar ya clasificados con el mayor esmero, y puestos en cartones con su correspondiente índice cronológico.

De esta parte que hubo entre sus manos, y consultado muy á su sabor, no le fué posible averiguar la antigua numeración, es decir, la que cada carpeta tenía en el archivo de Simancas antes de su traslación, por haberse dividido y subdividido los legajos de tal suerte que hay ya mazo de correspondencia que ocupa tres y más cartones. Gayanzos se inclina á creer que lo que los franceses se llevaron del siglo XVI fué la correspon-

dencia de nuestros embajadores en Francia, duque de Alba, príncipe de Evoli, Garcés de Zúñiga, Vargas Mexía, etc., y algo de la Italia, sobre todo de la guerra de Francisco I con Carlos V. Autorizado por el digno secretario del archivo de Simancas, como él lo estaba por Gayanzos, para hacer de la lista que este le remitió el uso que me pareciese oportuno, la incluí también en la Memoria que presenté al gobierno.

V.

Las sustracciones precipitadas, y de consiguiente poco metódicas, de que en la época de la invasión francesa fué víctima el archivo de Simancas, no son la única causa del desorden en que se halla, y de que tardará

Fueron justamente objeto de su predilección los papeles del patronato real y los del Estado, y adoptó para su arreglo un sistema de clasificación muy preferible al del laborioso don Antonio de Hoyos.

Este había colocado bajo una serie de números distinta cada categoría de documentos, la cual formaba un capítulo particular en sus inventarios. El canónigo González, viendo que bajo el reinado de Carlos II se había seguido el sistema de formar legajos especiales para ciertos negocios importantes, conservó por lo que á estos atañe el arreglo que encontró ya hecho; pero prefirió por regla general un orden de fechas á un orden cualquiera de materias. El orden cronológico es efectivamente el que más facilita bajo todos aspectos las investigaciones.

Distribuyó los papeles de Estado formando cuatro grandes divisiones, según la época en que habían llegado al archivo; los dividió en seguida cronológicamente por Estado ó potencia, y señaló á todos ellos una sola serie de números.

No siendo posible formar legajos de los del patronato por hallarse encerrados en arcas y componerse en su mayor parte de libros atados y documentos en pergamino, en lugar de enumerarlos, expresó por medio de un título el carácter ó naturaleza de los que cada uno contenía. Indicó con una cruz la falta de los papeles concernientes á la negociación de Francia que se hallaban en París, y después de haber clasificado los papeles de Estado, redactó un inventario sumario que se conserva en su archivo. Se había propuesto formar un inventario particular para cada una de las series que constituyen la colección de los papeles de Estado; pero no realizó su proyecto sino con respecto á Castilla, Portugal, Roma é Inglaterra. Así es que de las demás series el inventario de 1819 es el único que posee Simancas. Hay también un inventario sumario de los papeles de las secretarías llamadas provinciales, que tiene la fecha de 1829, y un hermano de don Manuel González, á quien este hizo nombrar archivero, formó 3,832 nuevos legajos con numerosos documentos procedentes de la secretaría de Estado, que se enviaron al archivo de Simancas en 1826. El inventario de estos papeles es tan resumido, que consta á lo más de 230 páginas.

A. RIBOT.



Amalfi. El valle de los Molinos.



Amalfi. El valle de los Molinos.

tal vez siglos en reponerse completamente. Por espacio de muchos años el castillo fué ocupado por una guarnición que permitía á los jefes y hasta á los soldados penetrar en todas las salas, aumentar la confusión de los documentos, y acarrear tal vez la pérdida de muchos muy importantes.

Para colmo de desgracia, cuando la soldadesca, de cuyo espíritu destructor quedan en el archivo rastros manifiestos, hubo evacuado el castillo, penetraron en él los paisanos de las comarcas vecinas, y completaron la obra de devastación. Llevaron la confusión al último grado, quitando el pergamino que servía de cubierta á los legajos, y llevándose las cintas que impedían mezclarse los unos con los otros.

Por fortuna don Tomás González, el canónigo de Placencia de que he hecho ya mención, fué el encargado por Fernando VII de restablecer el orden en el archivo.

frondosa, donde se fabrican las pastas famosas en toda Italia y que se exportan en grandes cantidades; los batanes de las fábricas de papel mezclan su ruido con el de los torrentes cuyas aguas devuelve en espuma la rueda que hace mover esos establecimientos primitivos.

Los medios que emplean los habitantes de ese valle son tan salvajes como los sitios que los rodean; esas soledades laboriosas ofrecen un contraste singular con las calles de Castellamare llenas de ociosos que van allí á tomar las aguas y á pasar los grandes calores del verano.

Después de haber atravesado grandes olivares, el camino, ó más bien el sendero cortado en el flanco de las montañas, salva el torrente que cruza por el fondo del valle por unos puentes de un aspecto pintoresco, pero que á decir verdad no están muy seguros. Únicamente los asnos y las mulas pueden costear sin peligro esos

Amalfi y sus cercanías.

Una de las más bonitas excursiones que el viajero puede emprender en Italia, es sin contradicción el camino que conduce de Castellamare á Amalfi. Las gargantas de Gragnano están llenas de molinos envueltos en una vegetación

precipicios abiertos, y no obstante las nobles viajeras (sobre todo las inglesas) prefieren los montañeses que se encargan de hacerlas pasar sin avería el espacio comprendido entre los dos golfos, siguiendo los flancos escarpados del Monte San Angelo (antiguo Lactarius), el monte mas elevado de las cercanías de Nápoles.

El pueblo de Amalfi situado á la orilla del mar como un nido de águila sobre las rocas resplandecientes, ofrece el golpe de vista mas seductor que puede imaginarse; sus casas blancas que se destacan sobre la sombra verdura de los olivos, de los naranjos y de los mirtos, y su marina al abrigo de unos soportales de ladrillo, defienden las lanchas de los pescadores del furor de las olas.

La blanca catedral adornada con hermosas columnas de granito se levanta sobre las aguas azules del Mediterráneo, y domina los restos de una república poderosa antiguamente por sus armas y su comercio. De ese punto casi ignorado hoy en Italia salieron héroes y sabios que disputaron á las repúblicas vecinas el imperio de los mares. Allí en efecto, se dotó á la marina (1302) con el descubrimiento mas precioso para el navegante, la brújula, y aunque despues se haya probado que los chinos estaban en posesion de la brújula antes de que la hubiese puesto en evidencia Flavio Gioja, el nombre del ilustre navegante será considerado siempre como el de uno de los bienhechores de la humanidad.

Sobre esas rocas se encontraron las *Pandectas*. Este famoso manuscrito arrebatado por los pisanos cuando el sitio de Amalfi en 1135, no podia ser visto en tiempo de la república sino en virtud de una orden del Señorío y á la luz de las antorchas. Ya Muratori habia puesto en duda la creencia popular de que las leyes romanas estuvieron perdidas para la Europa hasta el descubrimiento de ese manuscrito. Luego se averiguó que existian otros ejemplares, y la biblioteca Lorenzina de Florencia permite sin ceremonias la contemplacion de ese monumento del siglo VI; aquí, en oposicion á la antigua costumbre, solo de dia es permitido verle.

En fin, como último título de gloria antes de entrar en la oscuridad, Amalfi dió vida á Masaniello, ese rey de un dia, último grito de libertad de la Italia oprimida por el extranjero.

Cuatro siglos de prosperidad no pudieron impedir la decadencia completa de ese pueblo; un puñado de frailes y de pescadores es todo lo que queda en el dia de esa Atenas de la edad media.

Atrani, que forma parte de Amalfi, es la patria verdadera de Masaniello. En Atrani se halla un monumento de los mas curiosos, que data de 1087, las puertas de bronce de la iglesia San Salvatore.

En 1852 se abrió un camino desde Vietri, por el cual se llega en coche á Amalfi costeano la mar. Hay otros puertos para trasladarse á ese bonito pueblo, pero es

preciso apelar á los caballos ó al agua, pues los caminos son regularmente impracticables para los viajeros inexpertos. Citaremos como uno de los mas notables los *conti delle Fontanelle e di Germamea*, salinas situadas á dos ó tres millas de Sorrento, desde donde se descubre el admirable panorama de los dos golfos de Nápoles y de Salerno.

A la falda de esas salinas se encuentran las islas Galli (Syrenum Scopoli de Virgilio); ahí colocó el poeta esas ninfas peligrosas á cuyas seducciones pudo sustraerse Ulises y que devoraban á sus víctimas; en Homero su isla está sobre las costas de Sicilia. Sus rocas

puntos mas curiosos y mas interesantes de esa parte de la Italia. Allí los benedictinos se entregan á unos estudios bastante infructuosos, pues poseen la coleccion de mapas mas rica que hay en Italia y no han publicado su catálogo; los buenos monjes viven á costa de la reputacion de sus predecesores.

Algunos alumnos reciben en ese convento una instruccion bastante limitada en ciencias y letras; este es el beneficio mas positivo que hace la comunidad á la comarca.

En el fondo del golfo sobre el camino de la Calabria se eleva la ciudad de Salerno, que nada tiene del encanto exterior que se encuentra generalmente en las poblaciones italianas; su puerto fué construido en 1260 por el famoso Juan Brocida, que tomó una parte activa en el movimiento que arrojó á los franceses de la Italia cuando las Visperas Sicilianas. Este puerto cegado en el dia por la arena, apenas está frecuentado por otras embarcaciones que las lanchas ligeras que hacen el comercio de la costa.

Salerno fué célebre en la edad media por su escuela de medicina. La catedral consagrada á san Mateo fué fundada en 1084 por Roberto Guiscard, que despojó los templos de Paestum de sus columnas de verde antiguo y de sus bajos relieves para adornar la nueva iglesia. Las puertas son de bronce y datan de 1099. Gregorio VIII que murió desterrado en Salerno, fué enterrado en la iglesia, donde se ven dos tumbas romanas con bajos relieves báquicos, entre algunas tumbas de príncipes normandos.

Las restauraciones de este monumento principiadas en 1578, pusieron á descubierto el cuerpo y los vestidos del papa Gregorio VIII. La conservacion de estos restos era tan perfecta, que el pueblo concibió una veneracion religiosa por el recuerdo del pontífice que fué á buscar un asilo allí en aquellas épocas de tumulto y de anarquía religiosa.

La reliquia de san Mateo el Evangelista se halla casi olvidada al lado de un infortunio mas reciente. La catedral mas que un templo cristiano es un museo de antigüedades encontradas en la comarca y amontonadas sin orden bajo los claustros.

Es verdad que esta costumbre se observa en casi todas las iglesias de Italia, y como se ha seguido hace ya muchos siglos, á ella se debe la conservacion de un crecido número de restos preciosos del arte antiguo, que sin la proteccion del lugar que los encierra, habrian sufrido las mutilaciones de los vencedores que se han sucedido durante las guerras de la edad media.

Nos es imposible dejar esta parte de la Italia sin llegar hasta las ruinas de Paestum, que son las mas grandiosas y completas de todas cuantas puedan verse en el mundo. Nadie deja de sentir una impresion profunda á la vista de los tres fragmentos que han quedado en pie en medio de una costa solitaria; cuando su silueta se destaca brillante sobre las olas azuladas del Mediterra-



Las sillas de mano en Amalfi.

completamente abandonadas tuvieron en la edad media fortalezas que sirvieron de cárcel. La costa abunda en coral en las cercanías de Amalfi.

Scala, centro del establecimiento primitivo de los amalfitanos, situada en una altura, presenta solo un monton de ruinas, y apenas se encuentran señales de sus murallas, de sus torres, de su castillo y de sus ciento treinta iglesias.

Ravello ofrece el mismo espectáculo: ruinas, nada mas que ruinas; y si no fuera por la iglesia de las puertas de bronce, sería imposible imaginar por esos restos el esplendor de aquellos dominadores de los mares.

El monasterio de la Trinidad, incrustado en el monte Fenestra en las cercanías de la Cava, es uno de los

neo, ó cuando se cubren con los colores del sol en el ocaso, su aspecto majestuoso ofrece siempre un espectáculo imponente; la soledad es tan profunda que apenas el espíritu se halla distraído por la vista de algunos búfalos que se revuelcan en el fango de los pantanos, ó el berrido de algunos cabritillos que se han hecho salvajes en esas soledades mortales al hombre.

La ciudad que estaba edificada en torno de esos templos ha desaparecido completamente; sus señales se reconocen en los fragmentos de murallas ocultas aquí y allá entre las zarzas y los cañaverales; un observador puede encontrar las cuatro puertas que se dirigían hacia los cuatro puntos cardinales, y dividían la ciudad en cuatro barrios distintos. Una de estas puertas se halla en pie todavía, y generalmente la creen de la época romana. Según el uso de los antiguos, las puertas estaban situadas por ambos lados del camino fuera de la ciudad. Las excavaciones han producido el descubrimiento de varios objetos preciosos transportados al museo Borbon en Nápoles, principalmente de jarrones griegos pintados por dentro.

La única habitación que se encuentra en medio de ese desierto es una pobre choza habitada por el guarda de las ruinas. Los infelices condenados á vivir en medio de ese aire pestífero, están encargados por el gobierno napolitano de cuidar de la conservación de los tres templos que el viajero no puede visitar sin un permiso con las firmas oficiales, que se obtiene fácilmente.

Seducido por la belleza del paisaje, me disponía yo á trazar las principales líneas para grabar mas profundamente su recuerdo en mi mente, cuando á la vista de mi album el guarda se me acercó para saber si tenía licencia para dibujar; y como le respondiera negativamente, me anunció que le era imposible dejarme continuar mi trabajo, en prueba de lo cual me dió á leer las instrucciones escritas que tenía.

Iba á renunciar pues á llevarme un recuerdo de mis impresiones de aquel día, pero mi criado me hizo presente que podía conciliarse todo; se encargó de llevar á la casa al guarda para preparar mi comida, y durante ese tiempo podría yo dibujar ó escribir sin cargar la conciencia del pobre empleado: así se ejecutan por lo comun las órdenes del gobierno en toda esa parte de la Italia.

Concluida mi tarea, entré en la choza miserable y sucia cuyo aspecto me quitó el apetito completamente, y en seguida me apresuré á dejar aquellas ruinas gigantes para volver á Salerno.

A. D.

El escribano de Perigoux.

Hace algunos años vivía en la ciudad de Perigoux un buen escribano, de carácter tan bonachón é inofensivo, que aunque padre de familia, estaba bajo la férula de su mujer, la cual á todas horas le abrumaba bajo el peso de un genio irascible y pendenciero. Para evitar las borrascas conyugales, buscó un asilo donde pasar los ratos de ocio en paz, y lo halló por fin en un café, del cual era concurrente diario. Allí fumaba tranquilamente su pipa, tomaba su taza de café, se entregaba á su juego favorito, el dominó, encontraba alegres compañeros, escuchaba la crónica escandalosa de la ciudad, se reía cuando estaba de buen humor, se consolaba cuando estaba triste, y emitía libremente sus opiniones, sin temor de que le cortase bruscamente la palabra una contradicción continua é insultante.

El amigo íntimo del escribano era un tratante en vinos y licores que vivía en un pueblo que distaba una legua de Perigoux, y pasaba todas las noches en aquel café. Como el trato con malos amigos vicia muy pronto los caracteres débiles, los depravados hábitos del tratante contagiaron al escribano, y antes que padiera advertirlo, su afición al café y al dominó se trocó en pasión á las cartas y á los licores, sucediendo mas de una vez que tras una larga sesión en el café, los dos amigos desplegaran tal dosis de urbanidad, que pasaban media hora en la puerta disputando quién había de salir antes para acompañarse hasta su casa.

El tratante era un hombre robusto, una constitución de hierro, y le producían poco efecto las frecuentes libaciones; pero el sistema nervioso del escribano se exaltó de un modo peligroso con los excesos, y no solo perdió el apetito y se puso flaco como un esqueleto, sino que le fué imposible dormir, y pasaba las noches de claro en claro. Cuanto mas se empeoraba, fumaba y bebía mas, y cuanto mas se empeñaba en fumar y beber, por aquello de que un clavo saca otro clavo, mas crecía su enflaquecimiento y mas frecuentes eran los desórdenes de su sistema nervioso. Para colmo de desgracia, de día en día era mas insufrible el genio de su mujer.

Así pues, el desgraciado escribano se fué hundiendo cada vez mas en el atoladero. Sus malos hábitos y sus disgustos domésticos le hicieron hipocondríaco, y se empeñó en creer que iba á morir; de modo que se vió atacado sucesivamente con una rapidez terrible por todas las enfermedades que pueden asediar á un mortal. Cualquiera leve dolor era un síntoma alarmante, cada malestar despues de comer un pronóstico cierto de alguna de las dolencias que matan irrevocablemente. En vano sus amigos se valieron de la persuasión, del ridículo y de la amenaza, pues á todas sus observaciones respondía diciendo que conocía muy á fondo su mal, y que no tenía remedio.

Hallábase una noche sentado en el café, abatido como siempre, cuando se paró un carruaje en la puerta, y en-

tró el criado del tratante en vinos con una carta para su amigo el escribano, en la cual le anunciaba que le había acometido de pronto una violenta calentura, y que conociendo que por momentos se empeoraba, le suplicaba que fuese á verle para hacer su testamento. Como el caso era urgente y no admitía excusa ni dilación, el escribano subió en el carruaje, y á pesar de sus lúgubres presentimientos y su extrema agitación, se trasladó á la casa del enfermo.

Cuando llegó, halló á la familia consternada, y al entrar en el cuarto tropezó con el médico que salía muy cabizbajo y hablando entre dientes. Apenas había dado dos pasos, tropezó con una criada que corría de un lado á otro de la casa llorando desesperadamente, y llegó por fin á la cama donde su amigo pedía agua con afán en medio del acceso de la calentura. El escribano movió la cabeza al ver un síntoma tan fatal, porque el tratante en vinos era tan enemigo del agua, que trascurrieran años enteros sin que la probase, si no era convertida en caldo, como el mas furioso hidrófobo.

Cuando el enfermo conoció á su amigo, le tendió la mano y le dijo:

— ¡Gracias á Dios que habeis llegado! Ya lo veis, amigo mio, no hay remedio para mí... me muero. Venis á tiempo para extender mi testamento. ¡Qué calor!... Me abraso... ¡Agua! ¡agua! ¿No me dareis una gota de agua fresca?

La enfermedad hacia horribles progresos. El escribano preparó sin dilación el papel, y algunos minutos despues el testamento contenía las últimas disposiciones del tratante en vinos y licores con todas las fórmulas de costumbre, advirtiéndole que el escribano guió la mano del enfermo mientras borroneaba su firma al pié de la escritura.

El pobre tratante empezó entonces á delirar, y media hora despues expiró. El escribano estaba sentado al lado de la chimenea—era el mes de diciembre—aterado con la terrible escena que pasaba á sus ojos, y de vez en cuando se esforzaba en tomar aliento saboreando un vaso de rom. De pronto asaltó su imaginación una idea espantosa... ¡Si fuera contagiosa la enfermedad de mi amigo! dijo para sus adentros. Pero para ahuyentar una sospecha tan alarmante encendió su pipa y se preparó para volver á su casa. En aquel momento entró el médico y le dijo:

— Hace un tiempo de perros; está lloviendo á torrentes. El mal hará progresos.

— ¿Qué mal? preguntó el escribano con un movimiento de sorpresa.

— Ayer murieron dos, hoy tres, continuó el médico sin responder á la pregunta. ¿Porqué ocultarlo? Es una verdadera epidemia.

— ¿Una epidemia? ¿De qué enfermedad ha muerto mi amigo tan repentidamente?

— ¿De qué enfermedad? Creo que es la escarlatina.

— ¿Y es contagiosa?

— Muy contagiosa.

— Entonces... ¡soy muerto! exclamó el escribano.

Y en su turbación se puso la pipa en el bolsillo del chaleco y corrió de un lado á otro del aposento haciendo gestos de desesperación.

— ¡Desdichado de mí!... ¡Estoy malo... muy malo! Decidme, doctor, ¿cuáles son los síntomas de esa enfermedad?

— Principia con dolor agudo y abrasador en el costado derecho, dijo el médico.

— ¡Oh! ¿porqué vine aquí... porqué? ¡Loco de mí... estoy perdido!

El médico hizo vanos esfuerzos para tranquilizarle, pero ¿quién es capaz de convencer á un maniático y mucho menos á un enfermo imaginario? Le respondió que conocía mejor que él su temperamento, y quiso á toda costa volver á su casa sin detenerse un minuto más. Desgraciadamente estaba ya de regreso en la ciudad el carruaje que le había conducido, y todos los vecinos se habían acostado y dormían profundamente. Salió á la calle desesperadamente, vió el caballo del médico atado á la puerta esperando con paciencia á su dueño, y conociendo que en tales casos todos los medios son permitidos y que es una necedad no aprovecharse de la ocasión, el escribano no vaciló en desatar el rocín, montar y dirigirse hacia su casa.

La noche era helada y borrascosa, y el viento soplaba de cara con frío tan agudo, que parecía que la traspasaba. Cruzaban sobre su cabeza negros nubarrones, agitados como las olas de un mar furioso; la luna se aparecía á intervalos como una navecilla sorprendida por la tormenta, y ora se sepultaba en la onda enorme de las nubes, ora se levantaba de su seno y se presentaba envuelta en argentada espuma. Los árboles exhalaran quejidos de funesto augurio en las márgenes del camino, y doblaban sus secas ramas como escualidos espectros que saludan. El caballo, obligado á obedecer al látigo y á los tacones de las botas del escribano, ya trotaba, ya galopaba, unas veces con un movimiento rudo y á sacudidas que levantaba medio palmo al ginete de la silla, y otras veces lanzándose con rapidez portentosa. El escribano, preocupado con los síntomas de la enfermedad y abismado en espantosos presentimientos, apresuraba al caballo como si huyese de la peste.

A fuerza de silbar, gritar y descargar latigazos á derecha y á izquierda, el notario había hecho media legua de camino sin sentir ninguna novedad, y sus temores se habían desvanecido hasta el punto de permitir que el caballo subiese al paso la falda de una colina. Pero sus presentimientos se despertaron de pronto con mas violencia porque empezó á sentir en el costado derecho un dolor agudo como si le traspasasen con una lanceta.

— ¡No hay remedio para mí! exclamó gimiendo y lleno de terror. El cielo se compadezca del mayor de los pecadores. ¡Voy á expirar en medio del camino!

Y el caballo y su ginete volaban. Ya están en la cima del collado. Ya están al pié de la cuesta, palpitando y soplando como un torbellino. El notario siente que á cada movimiento se empeora el dolor de su costado. El mal crece. En un principio era un punto tan pequeño como la cabeza de un alfiler, despues abarca la dimensión de medio franco, y ahora ya es tan ancho como la palma de la mano. ¡Qué estrago tan rápido! El pobre escribano gime y agoniza, azota con su látigo el caballo, y cada vez crece mas el dolor y se extiende sobre el costado derecho. Para colmo de desgracia empieza á nevar y á soplar el cierzo como un huracán. Pero ¿qué le importa la nieve y el viento? Sus brazos y sus piernas están heladas y no lo siente, pues solo le aterra el síntoma fatal: está condenado á morir... ¡no hay remedio para él!

Finalmente, sin saber cómo, llega á la ciudad mas muerto que vivo, y una cuadrilla de perros mal educados que ven venir el caballo á escape, unen sus ladridos á los ayes y gritos del escribano, y le persiguen como trahilla detrás del ciervo fugitivo. Era ya muy tarde, y apenas brillaba alguna luz al través de los cristales de alguna ventana.

El escribano cruzó calles y calles, y llegó por fin á la puerta de su casa. Vió luz en el aposento de su mujer, y esta se asomó á la ventana alarmada con los violentos aldabazos, con los terribles ladridos y con los gritos de desesperación del que llamaba á una hora tan intempestiva.

— ¡Abre! ¡abre pronto! ¡baja! gritó casi sin aliento el pobre escribano y ronco de gemir y vocear.

— ¿Quién llama á estas horas en mi casa? preguntó desde la ventana una voz chillona y desentonada.

— ¡Baja! ¡Soy yo... tu marido! ¡Abre al momento! ¿No conoces mi voz? Baja pronto, ó expiro en medio de la calle.

Pasados algunos minutos de indispensable tardanza se abrió la puerta, y el escribano entró solemnemente en su domicilio, pálido y hosco, pero tieso como un aparecido. De piés á cabeza estaba cubierto de una armadura de nieve helada, y parecía un caballero errante armado de plata en vez de hierro, pero tenía en su cuerpo un paraje en que estaba rota su armadura: en el costado derecho se veía un ahujero circular tan grande como la cubierta de un sombrero y casi tan negro.

— ¡Esposa querida! exclamó con ternura, dame una silla. Mis horas están contadas... voy á morir.

Su mujer le quitó el paletó, llena de terror, y cayó en el suelo un objeto que se hizo pedazos. ¡Era la pipa del escribano! Este se aplicó la mano al costado y lo vió desnudo hasta la piel. El paletó, el chaleco y la camisa estaban quemados de parte á parte, y tenía en el costado derecho una ampolla tan ancha como su cabeza.

Pronto quedó explicado el enigma con los síntomas, su alarma y su terror.

El escribano se había puesto en el bolsillo la pipa, sin acordarse de apagarla!

Pero preguntará el lector, que habrá tomado interés por esta historia; ¿murió el escribano?

— Sí, señor.

— Pero ¿aquella misma noche?

— No, señor; doce años despues, de una apoplejía fulminante.

T. GREGORIO AMADO LARROSA.

El proceso de Jesucristo.

I.

El derecho de todo hebreo estaba comprendido en estas dos palabras: *judicare et judicari*, juzgar y ser juzgado. Es decir, que ninguno podía ser condenado sino en virtud de un juicio, y que cada uno estaba llamado á su vez á juzgar á los demás. Alguna que otra excepción de este principio no inválida la regla general.

En los asuntos de interés privado, cada una de las partes elegía un juez, y estos dos jueces nombraban un tercero. Cuando la cuestión versaba sobre la «interpretación de una ley», pasaba á la asamblea de los ancianos, y de allí al gran consejo de Jerusalem. Toda ciudad cuya población excedía de ciento veinte familias, formaba una pequeña asamblea de veinte y tres miembros, á la cual correspondía juzgar en los asuntos criminales.

Las expresiones usadas con tanta frecuencia en la ley mosaica, *morirá, será separado del pueblo*, encierran tres significaciones muy diferentes y que suelen confundirse á menudo. Estas palabras indican la muerte penal, la muerte civil y la muerte prematura que amenaza naturalmente á todo el que se separa de las reglas útiles al pueblo y á sí mismo. La muerte civil es el último grado de la separación ó «excomunicación», y pronunciábase como pena judicial por la asamblea de los jueces. Distinguíanse tres grados de «excomunicación», que pueden compararse á los que encontramos en nuestros códigos modernos con las denominaciones de cadena perpétua, cadena temporal y penas correccionales; pero la excomunicación hebrea tenía la ventaja de que jamás se perdía la esperanza de recuperar la primera posición, ó digámoslo así, de la rehabilitación completa.

Los juriconsultos hebreos han emitido acerca de la pena de muerte opiniones que merecen citarse: «Un

tribunal que condena á muerte «una vez en siete años.» puede apellidarse «sanguinario.» Merece esta calificación, dice el doctor Eliazar, cuando pronuncia semejante sentencia una vez en setenta años.» — Si hubiéramos sido miembros del tribunal superior, añadir los doctores Triphon y Akiba, jamás hubiéramos condenado á muerte á un hombre.» Simeon, hijo de Gamalial, les contestaba: «¿Y no hubiera sido eso un abuso? ¿No os hubiera detenido la consideración de que se multiplicasen los crímenes de Israel?»

Todo el procedimiento del Pentateuco en materia criminal estriba en tres reglas que pueden reducirse á lo siguiente: publicidad en los debates, libertad completa de la defensa para el acusado, garantías contra los inconvenientes de la declaración de testigos. Según el texto hebreo, un solo testigo es nulo, y es necesario que por lo menos dos ó tres afirmen el hecho. El testigo que denunciaba á un hombre, debía prestar juramento de que decía verdad; entonces los jueces se informaban con exactitud y diligencia del hecho denunciado, y si por acaso se averiguaba que aquel hombre era un testigo falso, se le imponía la pena á que había expuesto con su delación á su semejante.

Los debates entre el acusador y el acusado tenían lugar ante toda la asamblea del pueblo. Cuando un hombre había sido condenado á muerte, los testigos que fueron causa de la sentencia debían darle el primer golpe, para que de este modo añadiesen el último grado de certeza á la verdad de sus deposiciones. De aquí aquellas conocidas palabras: «Que el primero de entre vosotros que esté inocente, le arroje la primera piedra.»

En la práctica, la aplicación de estas reglas se observaba de la manera siguiente: El día señalado para el juicio hacían comparecer los ugieles al individuo acusado. Al lado de los ancianos del pueblo, pero en un sitio inferior, tomaban asiento los que se llamaban «auditores ó candidatos,» que seguían con regularidad las sesiones del consejo. Las piezas del proceso eran leídas, y llamados sucesivamente los testigos citados al efecto.

El presidente dirigía á cada uno de estos la siguiente exhortación: «No queremos que nos digas lo que únicamente sepas como conjeturas ó rumor público: re flexiona que pesa sobre tí una grave responsabilidad, y que no se trata aquí de un asunto de dinero, en el cual puede ser reparado ó indemnizado cualquier perjuicio. Si tu declaración hace condenar injustamente al acusado, su sangre y la sangre de toda su posteridad caerá sobre tu cabeza. Dios te pedirá cuenta de ella, como se la pidió á Cain de la sangre de Abel.» — Habla.»

No podía ser testigo la mujer, porque se suponía que no tendría el valor suficiente para dar el primer golpe al acusado condenado á muerte. Tampoco podían serlo el niño, que no tiene todavía responsabilidad á los ojos de la ley, ni el esclavo, ni el hombre de mala fama, ni el que padeciera alguna enfermedad que le privase del uso de sus facultades físicas ó morales. La declaración única de un individuo contra sí mismo, ni la de un profeta, cualquiera que fuese la reputación que tuviese, no determinaban la condenación.

Los testigos debían reconocer la identidad de la persona y declarar acerca del mes, del día, de la hora y demás circunstancias del crimen. Después del exámen de las pruebas, los jueces que opinaban por la inocencia del acusado, tomaban la palabra y exponían sus razones; los que, por el contrario, lo consideraban culpable, hablaban en seguida con la mayor moderación. Si alguno de los auditores ó candidatos había sido encargado por el acusado de su defensa, ó espontáneamente quería presentar en su propio nombre algunas aclaraciones en favor de la inocencia del reo, se le daba asiento en la silla, y desde allí arengaba á los jueces y al pueblo; pero no le era concedida la palabra, si su opinión era contraria al acusado. Ultimamente, hablaba el interesado, si quería, escuchándole todos con la mayor atención é indulgencia.

Terminado el debate, uno de los jueces hacia el resumen de la causa, y despejada la sala, trascribían dos escribas los votos, uno los favorables al reo, otro los que le condenaban. Once votos de veinte y tres bastaban para la absolución; pero se necesitaban trece para la condenación.

Si algunos jueces declaraban no estar suficientemente instruidos del proceso, se les agregaban dos ancianos mas, y en seguida otros dos, y así sucesivamente hasta formar una asamblea de sesenta y dos miembros, que era el número de que se componía el gran consejo. Cuando la mayoría de votos absolvía el acusado, era puesto inmediatamente en libertad; pero si se le imponía alguna pena, se difería hasta dos días después el pronunciar la sentencia. En este día intermedio no debían ocuparse los jueces de otra cosa mas que de la causa, absteniéndose al propio tiempo de un alimento demasiado abundante, de vino, licores y de todo lo que pudiera incapacitar el entendimiento para la meditación.

En la mañana del tercer día volvían á ocupar el tribunal, y el que no había variado de opinión decía: «persevero en mi juicio y condeno.» Siendo de advertir que el juez que había condenado la primera vez, podía absolver en esta segunda sesión, mientras que no podía condenar el que ya se hubiese pronunciado por la absolución. Si la mayoría era contraria al acusado, dos magistrados acompañaban al condenado hasta el lugar del suplicio, permaneciendo los ancianos en sus asientos durante la ejecución, y guardando la puerta del tribunal un preboste que tenía en la mano una bandera. Otro preboste seguía á caballo al reo, y debía

volver continuamente la vista hácia el punto de partida, por si el consejo de los ancianos, por cualquier motivo, suspendía la ejecución de la sentencia, en cuyo caso el primer preboste hacia señal con la bandera. Cuando el reo manifestaba á los magistrados recordar alguna razón ó circunstancia que no hubiese expuesto anteriormente, se le hacia volver al tribunal, pudiendo hacer uso de este derecho hasta cinco veces.

Un heraldo precedía al sentenciado y pronunciaba de cuando en cuando las palabras siguientes: «Este hombre es conducido al suplicio por tal crimen; los testigos que han declarado contra él son fulano y zutano; si alguno tiene algo que alegar en su favor, que se apresure á hacerlo.» En virtud, sin duda, de este principio, hizo volver el jóven Daniel á los que conducían á Susana, y subió al tribunal para hacer un nuevo interrogatorio á los testigos. A corta distancia del lugar del suplicio era requerido el reo para que confesase el delito, haciéndole, por último, beber un brebaje narcótico para que le fuese menos sensible el momento fatal.

II.

Conocidas ya las máximas ó principios tutelares del derecho de los acusados entre los hebreos, vamos á demostrar que, examinadas detenidamente todas las circunstancias de este gran proceso, y en el cual quiso el Hijo de Dios, después de hecho hombre, sufrir todas las miserias de la condición humana y cumplir su divina misión sobre la tierra, muriendo para redimirnos en un suplicio afrentoso; vamos á probar, decimos, que aquellos principios reconocidos y las formas existentes en la legislación criminal del pueblo judío no fueron aplicados ni tenidos en cuenta por la raza deicida al condenar á nuestro divino Salvador; antes bien, fueron hollados y conculcados por sus jueces, aun cuando en su lunesta ceguera hubieran considerado á Jesus como un simple ciudadano.

La acusación contra Jesus, suscitada por el odio de los sacerdotes y fariseos, presentada en un principio como acusación de «sacrilegio,» convertida después en «delito político y en crimen de Estado,» fué manchada en todas sus fases por la mano de la violencia y de la mas horrorosa perfidia. No fué un juicio acompañado de los trámites y fórmulas exigidos por la ley, sino una verdadera «Pasion,» un sufrimiento prolongado, en que la inalterable dulzura y mansedumbre de la víctima hacia mas patente todavía la crueldad y el odio de sus verdugos.

Cuando Jesus apareció entre los judíos, ya no era este pueblo mas que una sombra de lo que había sido. Humillado por la esclavitud, dividido en facciones y sectas irreconciliables, había sucumbido, por último, bajo el peso de las armas romanas, y perdido su soberanía. Jerusalem tenía dentro de sus muros una guarnición imperial, y estaba agregada á una provincia de la Siria; Pilatos mandaba en ella en nombre de César, y el que hasta entonces había sido el pueblo de Dios, gemía bajo la doble tiranía del vencedor, cuyo poder aborrecía, y la de sus sacerdotes, que se esforzaban en retenerlo en los estrechos lazos del fanatismo religioso.

Jesucristo deploraba los males de su pueblo. Cuántas veces lloraba sobre Jerusalem diciendo: «¡ Jerusalem, Jerusalem, que asesinas á tus profetas y apedreas á los que te son enviados, cuántas veces he querido recoger á tus hijos, como el ave que recoge á sus polluelos bajo sus alas, y tú, Jerusalem, no lo has querido!» (Bossuet).

En prueba del amor que profesaba á sus conciudadanos, véase el discurso de los judíos para decidirlo á curar al criado del Centurion en el que le dijeron: «Venid, merece que le asistais, « porque ama á nuestra nación,» y Jesus se fué con ellos y sanó á aquel criado.» (Luc. VII).

Movido de la misericordia del pueblo, Jesus le consolaba presentándole la esperanza de la otra vida; y contenía á los grandes, á los potentados y á los soberbios con la perspectiva de un juicio final en que cada uno seria juzgado, no conforme á su rango, sino según sus obras.

El pueblo le escuchaba con avidez y le seguía por todas partes: sus palabras conmovían, su mano sanaba á los enfermos, su moral instruía, y practicaba una virtud desconocida hasta entonces, que era suya, y que él fué el primero que la enseñó á los hombres.... « la caridad. » Pero esta misma aura popular, estos mismos milagros excitaban el odio de los principes de los sacerdotes, que veían amenazada su dominación, y el orgullo de los fariseos, que se veía humillado. Los escribas se unieron á ellos, y la muerte de Jesus fué resuelta desde aquel momento.

Si su conducta era culpable, si había lugar á una acusación legal, ¿porqué no la intentaron francamente? ¿Porqué no le acusaron por sus actos, por sus discursos públicos? ¿Porqué emplearon contra él los subterfugios, la calumnia, la doblez, la perfidia y la violencia? Que esta fué la manera de proceder contra Jesus, vamos á demostrarlo en los párrafos siguientes:

AGENTES PROVOCADORES. ¿Quién no se sorprende al encontrar aquí el infame empleo de los agentes provocadores, oficio innoble y repugnante en los tiempos modernos, pero que debe serlo todavía mas si se le da como origen el proceso de Jesucristo, pues atendida la relación de san Lucas (capítulo XX, vers. 20), agentes provocadores y no otra cosa fueron los emisarios que los principes de los sacerdotes enviaron cerca de Jesus? «Entretanto, dice el evangelista, como andaban ace-

chándole, enviaron espías que hiciesen de los virtuosos, para cogerle en alguna palabra, á fin de tener ocasión de entregarle á la jurisdicción y potestad del gobernador.»

CORRUPCION Y TRAICION DE JUDAS. Los principes de los sacerdotes y los fariseos se reunieron, no en audiencia pública, sino en un conciliábulo secreto, que no formaba cuerpo judicial, y dijeron entre ellos: «¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros; si le dejamos así todos creerán en él.» (San Juan, XI, v. 47, 48), lo cual quería decir: y no creerán en nosotros. Aquí vemos, pues, el temor de que prevaleciese la moral y la doctrina de Jesucristo; ¿pero dónde está el juicio legal?

«En esto uno de ellos, llamado Caifás, que era el Sumo Pontífice de aquel año, les dijo: «vosotros no entendéis nada en esto, ni reflexionais que os conviene (quia expedit vobis) el que muera un solo hombre por el bien del pueblo y no perezca toda la nación... y profetizó que Jesus había de morir por la nación de los judíos.» (Ibid., v. 49, 50, 51). Pero profetizar no es lo mismo que juzgar, ni la opinión personal emitida por Caifás, uno de tantos, ni es la opinión de todos, ni es la sentencia del senado. Así pues, no hubo juicio, y solo se ve que sacerdotes y fariseos estaban igualmente animados de un violento rencor contra Jesus, y que desde aquel día no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir.

San Mateo, refiriendo los mismos hechos, dice que los principes de los sacerdotes se reunieron en la sala del pontífice Caifás, y tuvieron consejo para hallar medio cómo apoderarse «con maña» de Jesus y hacerlo morir. *Ut Jesum dolo tenerent et occiderent.* (XXIV, v. 4.) Ahora bien, en la lengua latina, tan adecuada para expresar los términos del derecho, jamás se ha empleado el verbo *interficere* para expresar la acción de sentenciar á muerte, «sino para significar la muerte violenta, el «asesinato.» Ese dolo ó «maña» con que querían apoderarse de Jesus, no fué otra cosa mas que el pacto entre los sacerdotes judíos y Judas, que fué á verse con los principes de los sacerdotes y les dijo: «¿Qué queréis darme, y yo le pondré en vuestras manos?» *et ego vobis eum tradam,* y se convinieron con él en treinta monedas de plata. Judas Iscariote se pone á la cabeza de una turba de gentes armadas con espadas, y consume su traición «besando» al Divino Maestro. ¿Era así como debía ejecutarse un auto de prisión, si realmente hubiera precedido la arrestación de Jesus en virtud de una sentencia judicial?

DUPIN.

(Se continuará.)

La gruta de la Balme, cerca de Cremieu, en el Delfinado.

El Delfinado encierra magníficos paisajes, admirables puntos de vista, y una naturaleza grandiosa dorada por un cielo ya cálido y meridional. Presenta todos los contrastes: los ventisqueros eternos y la naturaleza mas rica, las llanuras risueñas de extensos horizontes, y las montañas mas escarpadas con valles sombríos engalanados con una vegetación espléndida.

Hay un canton en esa noble provincia menos favorecido sin duda que el precioso valle del Gresivaudan, donde la naturaleza es menos grandiosa, pero donde parece que todas las grandezas se limitan oportunamente y se prestan á los estudios del artista, como una hermosa que se humaniza y baja de su pedestal para permitir que la adoren de cerca.

Cremieu, la población predilecta de los Delfines de Viennois, sus antiguos amos, es hoy muy apreciada por los pintores y los grandes artistas que acuden á ella con el fin de estudiar la luz sobre las rocas brillantes que la circundan, en sus nobles murallas hundidas y sus ruinas venerables con tonos dorados.

A pocos kilómetros de ese pueblocillo, que es una muestra muy completa y curiosa de la edad media, hoy casi desmantelado, el viajero que pasa por la falda de las colinas, saluda al pasar el pico de Hyere, roca ferruginosa y rojiza que domina un inmenso horizonte, y luego llega á la aldea de la Balme, cuya gruta famosa es visitada hace muchos siglos. Ha habido reyes y principes que salieron del camino para pagarla su tributo de admiración.

En la edad media era la sétima maravilla del Delfinado, y Nicolás Chorier, el historiador de la provincia, habla de ella en estos términos:

«La gruta de Nuestra Señora de la Balme es la sétima maravilla, y da su nombre al territorio que la rodea. Balme en el idioma galo es una caverna. Se entra en ella por una abertura de mas de cincuenta de alto, sesenta de ancho, y mas de trescientos pasos de largo. La devoción de los siglos que precedieron al nuestro hizo erigir en ella dos capillas, una consagrada á la Virgen, y otra á san Juan, pues esta se halla en un lugar mucho mas elevado que la otra, que parece servir de cimiento.»

Esta abertura tan espaciosa se estrecha poco á poco, aunque al cabo deja una entrada libre en el seno de la roca para mas de diez hombres de frente. El que penetrara sin luz podría estar seguro de quedarse dentro. La primera cosa digna de admiración es una fuente cuyas aguas caen de arriba en cincuenta ó sesenta pilones preparados por la naturaleza.

Poco mas allá se ve otra fuente muy bonita; corre á lo largo de una columna que se alza en medio de un gran pilon y parece estar sosteniendo una bóveda muy redonda; el agua que cae en el pilon forma al congelarse por una virtud secreta unas piedrecillas que representan toda clase de figuras. A mil pasos de aquí se descubre un lago encerrado en los flancos de la montaña.

En sus márgenes se ven tablas medio podridas y dos barquichuelos, uno de ellos llevado por órden expresa de nuestro rey Francisco I. No hace 50 años que Antonio Marin, cura de esta parroquia, acompañado de algunos amigos se metió en el otro para buscar el nacimiento del lago.

Navegaron hácia el lugar de donde conocieron procedian sus aguas, y en fin, despues de una navegacion de cerca de una legua, hallaron una abertura redonda y poco espaciosa, por donde las aguas que forman ese lago salen á borbotones. Ellos mismos tuvieron que llevar su barco á ciertos parajes. Tan poca agua habia y la roca está tan baja que hubieron de tenderse en ciertos sitios, y en otros por el contrario observaron una altura grande. En fin, por su experiencia supieron que el lago no tenia agua en varios lugares y que abundaba en otros, tanto que era imposible hallar su fondo. En todo tiempo ha salido una fuente que se pierde en los prados que riega. Pero cuando el Roshne crece hasta salir de madre, se convierte en un torrente impetuoso que en otro tiempo destruyó casas y murallas que se oponian á su paso.»

Un respetable anciano, M. Usnard Bonnaire, despues de una larga y honrosa carrera, aunque no era hijo del Delfinado, se retiró á vivir en la Balme seducido por la belleza del pais y por las maravillas de la gruta. Penetrado de celo religioso emprendió la restauracion de una antigua capilla dedicada en el siglo XII á la Madre de Dios, y que las poblaciones de muchas leguas en contorno no



Entrada de la gruta de la Balme (Isère).

han cesado de visitar como un lugar de romería religiosamente venerado. Publicó una obra que se vende á un precio módico, á beneficio de las obras de restauracion de la bóveda y de la capilla, y que todo el mundo compra con tan laudables fines. No queremos copiar las descripciones de la gruta, y si únicamente el pasaje que sigue:

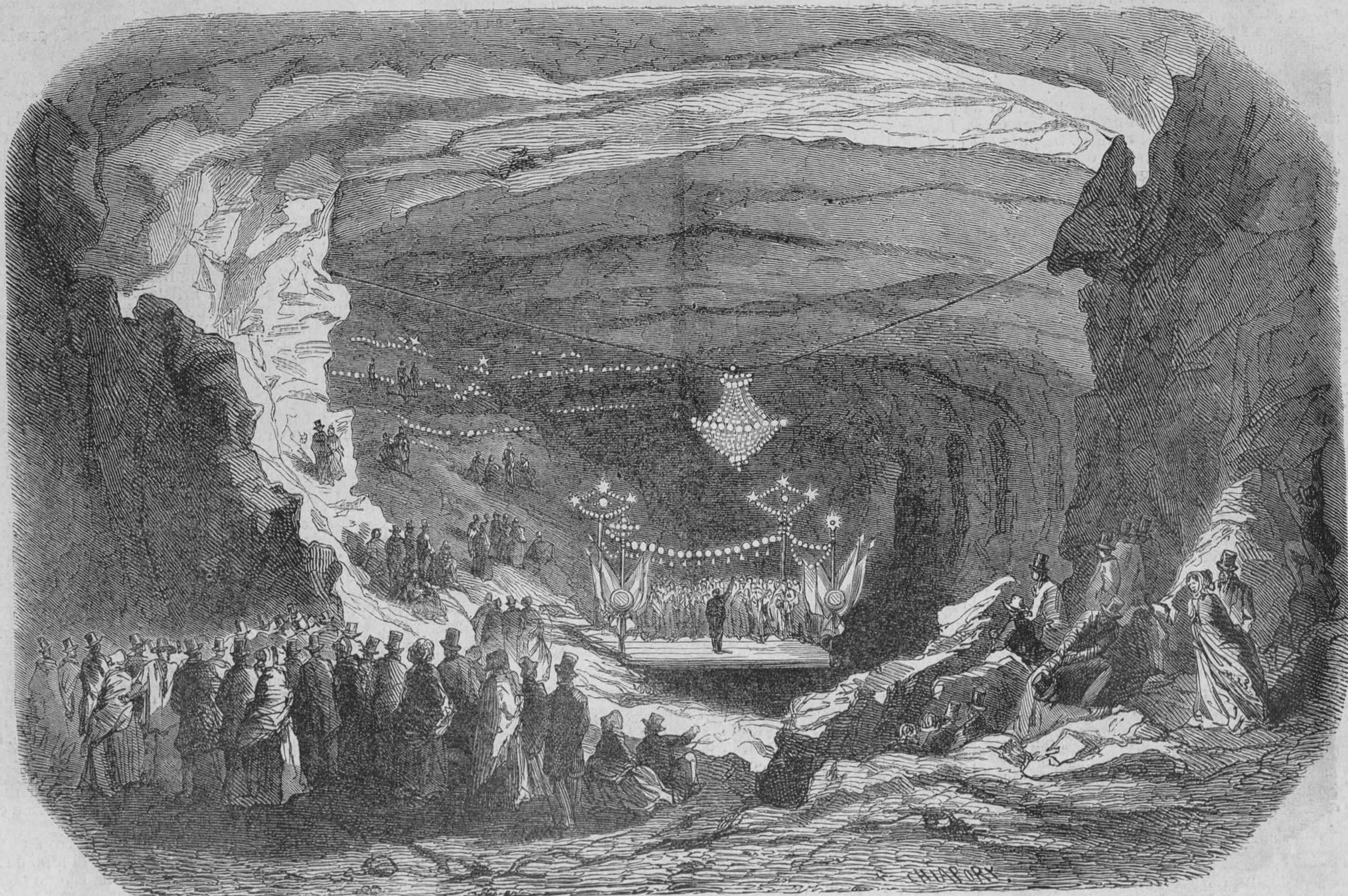
«¿Cómo es que los novelistas modernos no se han aprovechado todavía de la gruta de la Balme para sus horripilantes creaciones?»

» Bajo el punto de vista artistico la gruta cavernosa con su nave magnífica, ofrece escenas preparadas ya para el pintor, para el poeta y aun para el historiador. Sin muchos esfuerzos de imaginacion se halla en ese conjunto un teatro admirablemente dispuesto para una escena conmovedora. Milton, el sublime Milton, si le hubiese conocido, no habria vacilado quizá en colocar allí á los ángeles rebeldes; Dante habria elegido esa parte del subterráneo en que principian las tinieblas para residencia de esas almas tibias, sin virtudes y sin vicios, sin odio como sin amores, especie nula y que se cree superior. En cuanto al lago misterioso, solo le faltó á Walter Scott ver el de la gruta para hallar allí combinaciones cuyo secreto poseia.»

Luego el autor evoca los recuerdos del culto druídico, del que la gruta fué en otro tiempo uno de los santuarios, y da en algunas líneas el programa de un concierto fantástico que se podria organizar en esos lugares.

M. James, conocido ya por el Jardín de Invierno de Lion, aprovechándose de esta idea feliz, quiso realizarla á beneficio de una buena obra, y dispuso una gran fiesta cuyo producto se destinaba á la humilde capilla de María, devuelta á la piedad de los fieles. — Una orquesta magnífica resonó bajo esas bóvedas maravillosas abiertas por la naturaleza para asombro de las generaciones.

C. de P.



Vista interior de la Balme.